

Caras y Caretas.
14 de junio de 1902,
"Sin próceres el Senado"

//Actividades de la Academia

- Incorporación del Dr. Fernando Jumar como académico correspondiente 3
- Incorporación del Dr. Eduardo José Míguez como académico de número 4
- Grupo de Jóvenes Historiadores 5
- Ciclo "Nuevos enfoques en la historiografía argentina" 11
- Ciclo Diálogos sobre libros 11

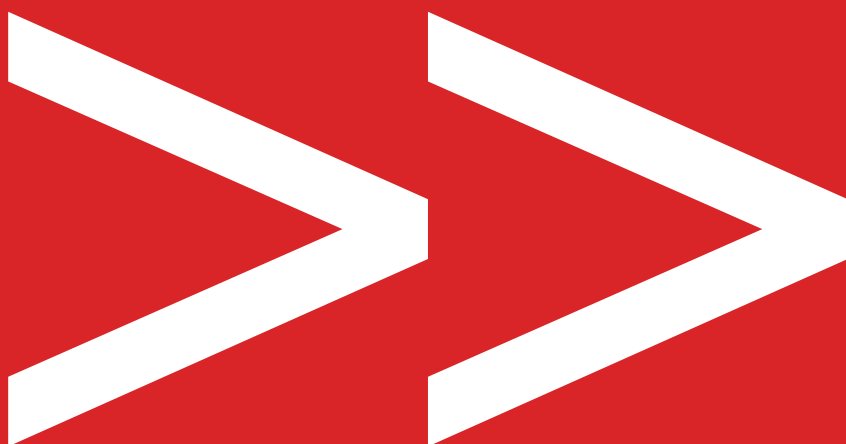
//Exposiciones Académicas

- Apenas ayer. Itinerarios de la historiografía en medio siglo de incertidumbres 13
- El intercambio epistolar entre San Martín y Lafond 22
- El complejo portuario rioplatense durante la dominación hispana y su crisis 30
- Buenos Aires, y el sistema federal argentino en la década de 1860 38

//Novedades Editoriales

47

Actividades de la Academia



Incorporación del Dr. Fernando Jumar como académico correspondiente

El 8 de septiembre se incorporó el doctor Fernando Alberto Jumar como académico correspondiente. Abrió el acto el Presidente, doctor Roberto Cortés Conde, quien le entregó los atributos académicos. Lo presentó el doctor Fernando Barba y a continuación el doctor Jumar disertó sobre: "El complejo portuario rioplatense durante la dominación hispana y su crisis".



Incorporación del Dr. Eduardo José Míguez como académico de número

El 13 de octubre se incorporó el doctor Eduardo José Míguez como académico de número. Abrió el acto el Presidente, doctor Roberto Cortés Conde, quien le entregó los atributos académicos. Lo presentó el doctor Samuel Amaral y a continuación el doctor Míguez disertó sobre: "Buenos Aires, y el sistema federal argentino en la década de 1860".



Grupo de Jóvenes Historiadores

El Grupo de Jóvenes Historiadores de la Academia Nacional de la Historia, coordinado por la Dra. Adela M. Salas, que inició sus actividades a mediados del 2013, continuó sus reuniones durante el año 2015.

Con una frecuencia bimensual, el grupo ha realizado reuniones en las que han disertado algunos de sus integrantes. Se realizó la Segunda Jornada interna

que contó con la participación del académico de número, Dr. Miguel Ángel De Marco.

El grupo está compuesto por investigadores de distintas Universidades de la Argentina que trabajan sobre diferentes etapas y métodos historiográficos. A continuación se transcriben algunos de los resúmenes de las ponencias presentadas.

La vida porteña reflejada en la temática del tango. 1890-1955

Por el Lic. Graciela Weisinger

El objeto de estudio que he de presentar conforma un avance de mi de tesis doctoral. El objetivo de la tesis es conocer las temáticas más relevantes del tango y reconstruir, a partir de ellas, la vida pública y privada de la sociedad porteña en el mencionado período. Explicar o hacer inteligibles hechos registrados en las poesías de los tangos y también analizar cómo registró el hombre de tango los diferentes hechos culturales, sociales e históricos desde la aparición de los primeros tangos hasta la invención del 'tango vanguardia'.

Este trabajo será la primera parte de uno más abarcativo que comprenderá dos investigaciones que, en conjunto, mostrarán el reflejo de diversos aspectos históricos, sociales y culturales de la población porteña y oriental en las letras de tango. La suma de ambas tendrá la titulación: *La vida rioplatense y su reflejo en la temática del tango. 1890-1955*.

En la región del Río de la Plata, donde se mezclaron inmigrantes europeos con indios, criollos y africanos, se produjo una amalgama de costumbres, creencias y ritos que conformó una identidad cultural específica. Según la *Declaración del Tango Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad*, Conferencia General UNESCO llevada a cabo en Dubai en 2009, entre las expresiones más características de la región figuran la música, la danza y la poesía del tango que son, a la vez, una encarnación y un vector de la diversidad y del diálogo cultural.

Tanto sus compases como su baile y sus poesías han sido objeto de investigaciones históricas, literarias, lingüísticas, psicoanalíticas, musicales, políticas, ideológicas y más. Como resultado de un primer relevamiento bibliográfico se obtuvo una visión conjunta de los aspectos ya estudiados: se hallaron más de cuatrocientas publicaciones sobre diversos aspectos del tema. Esta literatura, producida durante varias décadas, incluye: la crónica de viajes, la recopilación documental, anecdotarios, biografías, memorias, compilaciones poéticas, artículos

periodísticos, relevamientos históricos, entrevistas radiales, etc.

En lo referente a los análisis de las letras de las composiciones, no se han registrado trabajos abarcativos sobre esto, más allá de anecdotarios ligados a ciertas obras y que justifican ciertos títulos, expresiones o el por qué de algunas inspiraciones. Además, se ha observado una tendencia casi general a seleccionar aquellas obras que se consideran 'principales' para realizar los estudios, entendiendo por tales aquellas que han tenido más difusión. No se han encontrado trabajos de estadística que incluyan un número lo suficientemente amplio de tangos para cada tipo de temática que revelen 'tendencias' en la elección de algunos aspectos sociales, culturales o históricos y que denoten el voluntaria o involuntaria postergación de otros.

Más allá de que se ha considerado importante integrar los estudios anteriores encontrados, esa gran cantidad de investigaciones no impide la posibilidad del planteo de nuevos interrogantes. Algunos de ellos son: qué hechos históricos, sociales o culturales fueron tratados en la poética del tango, por qué y con qué intensidad, cuáles fueron los aspectos o sutilezas de los mismos que sensibilizaron a los autores, a qué remiten las metáforas utilizadas y si hubo consenso entre los tangueros al opinar sobre un mismo aspecto de la realidad, entre otros cuestionamientos.

A pesar de que la temática a investigar tiene la particularidad de que casi la totalidad del material escrito al respecto es de difusión, sin rigor de citas y notas, sería imposible realizar la tesis si se descartaran estas publicaciones por no ser de tipo académicas. La rica información que contienen es utilizada para la producción o justificación de ideas cuando previamente es contrastada con otras fuentes formales.

Para comenzar el trabajo, se elaboró una base de datos de títulos de tangos que va incrementando a





medida que se avanza en la investigación de cada punto del índice. Se analizan detenidamente los versos de los tangos con el fin de vislumbrar, desde la perspectiva de estas obras, los temas que se consideraban destacables en la vida porteña entre 1890 y 1955.

Delimitación geográfica, temporal y otras consideraciones operativas:

1. Geográficas: Existen discrepancias sobre el lugar exacto de origen del tango. Para el argentino Horacio Salas es un híbrido como el hombre argentino cuyo espejo musical ha sido y es. Para el uruguayo Daniel Vidart es rioplatense. Pertenece por igual al Uruguay y a la Argentina. Una anécdota sobre este aspecto es cuando a Gardel en un banquete, voces indiscretas le preguntaron por su nacionalidad, el célebre cantor se levantó y dijo: 'Señores, yo soy rioplatense, como el tango'.

La declaración de UNESCO antes mencionada se fue el resultado de una presentación conjunta por parte de Argentina y Uruguay. Las investigaciones y justificaciones presentadas por ambos países resultaron exitosas para el logro de la misma y permiten afirmar hoy que la tradición argentina y uruguaya del tango, conocida en el mundo entero, nació en la cuenca del Río de la Plata, entre las clases populares de las ciudades de Buenos Aires y Montevideo. El tango es considerado hoy en día como uno de los principales signos identitarios de la región.

2. Temporales: Antes de convertirse en un fenómeno cultural múltiple: baile, música y poesía, el tango fue sólo música y baile. A mediados del s. XIX, los inmigrantes europeos arribados en forma masiva trajeron sus músicas: vals, polcas, tango andaluz y otros. Comenzó entonces una fusión de casi cuarenta años entre dichas melodías, el candombe de los negros africanos esclavos de siglos anteriores y otros ritmos latinoamericanos, como la habanera cubana, y

criollos como la payada y la milonga campera.

Los candombes de Buenos Aires se iban apagando pero los negros no pudieron resistirse a participar en el carnaval. Resulta interesante la cita de la comparsa de Los Negros Azúcares que en 1876 denominó 'tango' a una canción titulada El merenguengue, que significa 'el pequeño'. Se ha planteado a partir de este dato, que haya sido este contexto uno de los fuertes puntos de partida del nacimiento y desarrollo del tango. Pero el aporte de la población negra no ha sido exclusivo: la inmigración europea y las melodías camperas del interior del país han sido en gran parte responsables de la creación de esta expresión sonora, poética y danzante.

Del período que va desde 1880 hasta 1895 – prototango – se encuentran relevados los títulos de los tangos y aquellas letrillas que aparecían en algunos de los temas. Tenían antecedentes en la literatura lupanaria pero aún no eran letras de tango propiamente dichas. Se fueron 'refinando' mientras pasaban del ambiente prostibulario al teatro de variedades o varieté, verdadero lugar de origen de la poética del tango. La primera partitura de la que existe registro, aunque sin autor, es La canguela de 1889 y se encuentra en el Museo de la Partitura de la Ciudad de Rosario. El primer tango con firma de autor que se conoce es El entrerriano —estrenado en 1896 e impreso en 1898— del afroargentino Rosendo Mendizábal.

Hacia principios de siglo comenzaron a aparecer los tangos con letra, período que se llamó La Guardia Vieja y que se extendió hasta 1925. Entre algunos de los autores más destacados estaban: Ángel Villoldo, autor de El porteño en 1903 y La Morocha de 1905 - primera letra de tango cantada profesionalmente - y Silverio Manco, autor de El Taita en 1910. Esta poética era alegre y compadrita, propias de la gran aldea. Su estructura muy simple y ella se relataba el perfil de algún personaje, la mayoría de las veces en tono festivo.





En 1915 se produjo el primer cambio de carácter en la poesía del tango. *Mi noche triste*, creación del uruguayo Pascual Contursi, es considerado el primer 'tango canción'. Por primera vez se contaba una historia acabada, con principio, desarrollo y final. La poética de Contursi fue sentimental, *gringa* y propia de la cosmópolis. Comenzó con él la escritura de poesías para tango en forma sistemática y marcó tendencia sobre otros escritores que reflejaron una época en sus letras. Estos autores abrieron el camino a una nueva etapa denominada *La Guardia Nueva*, que se caracterizó por una rica producción que se extendió desde 1925 hasta 1940, momento en que tuvo lugar un nuevo cambio en el tango.

La década del 40 y hasta 1955 fue una época dorada para el género: *La Edad de Oro* o de las grandes orquestas. El tango se interpretaba entonces en locales nocturnos con concurrencia masiva, cuyos ambientes alimentaron a su vez a los letristas. La clase media se sumó al tango y este dejó de ser una música de altos y bajos estratos sociales. Con autores como Homero Manzi, Cátulo Castillo y Enrique Cadícamo la poesía del tango se fue intelectualizando.

Luego de 1955 declinaron las grandes orquestas y resurgieron los pequeños conjuntos. Comenzó, paulatinamente, a ser dejado a un lado por la población. Esta transición se mantuvo hasta mediados de la década del 60. Mientras se abría un nuevo ritmo, el rock y, paralelamente, el músico Astor Piazzola fusionaba el tango con la música clásica, el jazz y otros para lograr un nuevo híbrido que resultó provocador para la época. Este autor volvió a Buenos Aires en 1955 luego de haber realizado sus estudios en Europa y formó una orquesta de cuerdas con músicos argentinos. Compuso *Tres minutos con la realidad* - obra síntesis entre el tango y la música de Stravinsky y Bartók - y también *Sinfonía de tango*. Su famoso Octeto Buenos Aires, fue un conjunto considerado como el iniciador del tango moderno, tanto por su instrumentación - incluía por primera vez una guitarra eléctrica en un conjunto de tango - como por sus novedades armónicas y contrapuntísticas. Este nuevo período, denominado por la Academia del Tango: Vanguardia o Neotango, tuvo aceptaciones y rechazos, pero logró colocarlo nuevamente en las altas esferas de la música. La poética de entonces reflejó a la megalópolis en la que se había convertido la ciudad, en especial, Buenos Aires.

3. Géneros musicales: Además de las letras de tangos se analizarán las de los valeses tango y milongas. En 1810, el vals europeo se danzaba en Buenos Aires y en Montevideo, con especial auge en los sectores sociales más altos, reemplazando a las danzas antiguas y convivía con otras formas musicales nuevas: polcas, *schotis* y habaneras. El vals adquirió diferentes características según la región que lo adoptó. Cuando el pueblo comenzó a

expresarse con este ritmo, nació el vals criollo. En un principio surgió de las cuerdas de los payadores y más tarde se enriqueció con el aporte de la inmigración. Los músicos del tango lo incluyeron en sus repertorios y, en su desarrollo, se convirtió en lo que se denomina vals tango, por su orquestación en las formaciones típicas.

La milonga es, al igual que el tango, un género musical rioplatense que es folklórico en Argentina y Uruguay y que proviene de la cultura gauchesca. Se presenta en dos modalidades, la milonga campera, surera o sureña, que es su forma original, y la milonga ciudadana, subgénero tardío creado en 1931 por Sebastián Piana - música - y Homero Manzi - letra - con *Milonga sentimental*. Las letras de las milongas suelen ser picarescas y las de los tangos más sentimentales.

El *tango romanza* se compone sobre temas melódicos cuya complejidad armónica no los hacen aptos para ser cantados. Carecen de letra, por lo tanto, se analizarán sus títulos. El *tango canción*, se caracteriza por su melodía, simple y cantable. La palabra fue tomada por Enrique Delfino del francés *chanson française* que fue la fuente de inspiración, y son tangos que mayoritariamente poseen letras tristes y tienen una melodía romántica. La producción de tangos en lengua gala fue considerable y en menor medida en alemán pero no serán consideradas en el presente trabajo. Se analizarán las obras que se encuentran escritas en español, español y lunfardo o totalmente expresadas en lunfardo. También se considerarán las letras en idioma español que incluyan términos en francés.

Resumiendo, se incluirán en el análisis los títulos y las letras de tangos, milongas ciudadanas y valeses tango compuestos entre los inicios del tango y el surgimiento del *neotango*. Se analizarán en forma cualitativa y se los confrontará con fuentes periódicas y bibliográficas. Se realizarán estudios cuantitativos y estadísticos además de localizaciones geográficas que podrán delimitar las zonas de influencia del tango en las diferentes épocas según la versión de los poetas en las estrofas de sus composiciones.

Gusto y buen gusto en la cultura musical porteña (1820-1828)

Por Guillermina Guillamon

Durante las últimas décadas, los estudios culturales han ganado un lugar importante en la historiografía argentina y en los estudios sobre el siglo XIX. Este avance, lejos de ser totalizador, se desarrolló dejando un tema pendiente: la historia de la cultura musical.

Abordar la formación de la cultura musical en Buenos Aires a principios del siglo XIX supone una doble tarea. Por un lado, conlleva la necesidad de repensar la forma mediante la cual se utiliza y aborda un determinado *corpus* documental que excede a la música escrita. Por otro, obliga establecer un diálogo con perspectivas que, aunque afines a nuestra disciplina, aún no cuentan con una presencia firme en la historia cultural, tales como la sociología de la música y la musicología. Supone, en última instancia, discutir aquellos trabajos que reducen lo musical a una acumulación de datos relativos a músicos y géneros musicales.

El presente trabajo se propone analizar el proceso de configuración de la cultura musical en Buenos Aires durante el período 1820-1828. Asimismo, se indaga en torno a las convergencias y distanciamientos de la cultura musical respecto a la agenda del rivadavianismo como así también en la relación entre el programa ilustrado y la experiencia del género lírico durante dicho período. Si bien durante la “feliz experiencia” se evidencia una sistemática promoción de la cultura musical –espacios, programación, instrumentistas y cantantes– su finalización no devino en la cancelación de dicho proceso. Por el contrario, durante el primer año del período en el cual la provincia quedó a cargo de Manuel Dorrego, la cultura musical fue tan dinámica como durante los años previos.



A fin de comprender este proceso, se organiza el trabajo en dos secciones. En la primera, se aborda la especificidad del gusto musical a través de la reconstrucción de la programación desarrollada en las instancias privadas y en el teatro Coliseo Provisional. Mediante el análisis del proceso en el cual se consolidaron determinadas formas musicales se propone problematizar la transformación del gusto musical y la consolidación del género operístico.

En una segunda instancia, se indaga la relación entre la propaganda, la crítica musical y la configuración discursiva de un estándar normativo de buen gusto. En este sentido, el objetivo reside en mostrar cómo dicho concepto describió aquello que la música habilitaría: por un lado, refiriéndose a las pautas de civilidad y de interacción social y, por otro, sugiriendo cómo debía ser la práctica y escucha musical en sí misma.

El *corpus* documental sobre el que trabajamos – compuesto principalmente por la prensa del período, memorias, crónicas y actas de policía– evidencia un contexto artístico de mayor complejidad que el limitado a la ejecución instrumental. El abordaje que nos proponemos, deconstruye, así, la imagen que la musicología erigió de las actividades musicales: prácticas de composición y ejecución que se reducen a la música escrita. En debate con las teorías homológicas, nos alejamos, también, de aquellos análisis que, en estrecha vinculación con las teorías del consumo, proponen analizar el gusto como una estrategia de diferenciación social, consecuencia de la relación estructural unívoca entre las formas materiales y las prácticas culturales.

Así, el análisis de la programación y el abordaje de las secciones de crítica y promoción que la prensa realizó de lo musical posibilita analizar el proceso de conformación y consolidación de la cultura musical en Buenos Aires. Permite pensar, al tiempo que discutir, aquellos estudios y perspectivas teóricas que entienden lo musical ya sea como un acto que se reduce a la música escrita o como un mero reflejo de las divisiones sociales. Posibilita, en última instancia, ver cómo el gusto y el buen gusto dependieron de los efectos y consecuencias del objeto que motivó dicho gusto, de aquello que hizo y de aquello que habilitó hacer.

En este sentido, el gusto no emergió como una estrategia de autómata diferenciación social ni como la consecuencia directa del efecto de un determinado soporte cultural, tal como plantean las teorías homológicas. Fue, por el contrario, una práctica situada que conllevó objetos, medios, dispositivos, espacios, decisiones individuales y colectivas. De forma paulatina, aunque sistemática, la música lírica italiana fue introducida en las funciones del teatro



Coliseo Provisional hasta convertir la ópera bufa en sinónimo de cultura elevada y vanguardia musical.

La consolidación del género lírico italiano, lejos de haber sido una simple imposición política, fue la consecuencia de múltiples causas: la regular asistencia del público, su inclinación por los géneros líricos españoles y la libertad de acción – o falta de regulación– que el Estado otorgó al teatro, a las compañías, asentistas y empresarios intervinientes. La injerencia de Pablo Rosquellas, la estabilidad de la compañía por él creada y el origen de los cantantes que la integraron constituyeron los fundamentos para que pudiera llevarse a cabo aquello que aquí denominamos como un proceso de educación de la escucha del público. Formas musicales y géneros se hicieron familiares y, en consecuencia, redundantes dentro de un marco estilístico. Así, los que comenzaron como oyentes de arias en duetos, finalizaron como aficionados de eventos culturales de mayor complejidad: la ópera.

Asimismo, las secciones -cada vez más extensas y sistemáticas- que la prensa dedicó a la crítica y promoción construyeron una forma seria de escuchar, estableciendo aquello que tendría que ser el buen gusto musical. El polisémico concepto sirvió, así,

para delimitar aquello que la música debería habilitar tanto respecto a los juicios estéticos como a las formas de interacción social. Siendo la razón aquella que debía actuar como filtro de los sentimientos y emociones provocados por una experiencia estética, tanto la sanción de hábitos y costumbres, la crítica de géneros y estilos musicales como el reconocimiento de las virtudes de instrumentistas y cantantes conformaron juicios de buen gusto. Complementariamente, también refirió a las buenas formas, a los vínculos de interacción que legitimaron a la elite como grupo portador de la civilidad y, en consecuencia, la erigieron como el sustento de un gobierno ilustrado.

La continuación del impulso rivadaviano una vez cancelado dicho período invita a reflexionar sobre las limitaciones de las periodizaciones propias de la historia política. En la búsqueda de reconstruir un entramado social otrora enfrentado políticamente, la prensa construyó a las funciones lírico-musicales desarrolladas en el teatro como un espacio de encuentro y diálogo. Una incipiente esfera cultural y ya no el efecto inmediato de planes de gobierno fijados, a su vez, por una autoridad política, sería la encargada de erigir una civilidad, aunque ilustrada y con anhelos de universalidad, excesivamente reducida.



Tras los rastros del Divino Autor. El conocimiento de Dios y de la naturaleza en los tratados de teología natural en Inglaterra, 1660-1750

Por Federico Andrade

Mi proyecto de investigación se centra en el estudio de la teología natural, un área de conocimiento que puede ser considerada como parte de la filosofía o como parte de la teología. No es fácil dar una definición que de cuenta de sus límites precisos, pero es suficiente indicar dos acepciones básicas. La primera refiere a un intento por fundamentar la creencia en Dios racionalmente. Esto quiere decir que no se apoya en la “luz divina” de la Revelación (milagros, la Biblia, profecías, apariciones, etc.),

sino en la “luz natural” de la razón humana. Otra acepción refiere a los intentos de pensar desde la teología el mundo natural (partiendo de la razón y de la Revelación).

Aunque es posible rastrear los orígenes de la teología natural hasta la Antigüedad Tardía y seguir sus ramificaciones hasta nuestros días, tuvo un momento de auge durante la segunda mitad siglo XVII y parte de la primera del XVIII en Inglaterra.



Las razones de este florecimiento son complejas y no hay un acuerdo unánime al respecto. Según algunos, surgió de la necesidad que tuvieron los científicos (o mejor dicho los filósofos naturales) de aquella época de defenderse de las acusaciones de ateísmo y legitimar su práctica señalando los aportes que podían hacer a la teología natural. Según otros, tomó su impulso de algunos teólogos moderados que buscaban llegar a un conjunto de principios religiosos que fueran aceptables para todos los protestantes razonables y, de esta manera, anular los conflictos políticos y sociales que surgieran de las diferencias confesionales (recordemos que a mediados del siglo XVII las Islas Británicas sufrieron una guerra civil motivada por desavenencias políticas fundadas, a su vez, en desacuerdos religiosos).

Cualesquiera que sean las causas que estuvieron detrás de este creciente interés, lo cierto es que la teología natural constituyó una preocupación central en el panorama intelectual de aquel período. Lo que es más, si dejamos de lado el esquema de surgimiento, desarrollo y decadencia de una tradición intelectual, podremos reconocer la variabilidad y riqueza de sus expresiones particulares. A partir de esta idea, mi propuesta toma como punto de partida una selección de obras de tres teólogos naturales: Edward Stillingfleet, John Ray y Edward Worsley,

tres autores que tuvieron vidas muy diferentes e inquietudes similares. Mi proyecto no tiene como objetivo último hacer una síntesis de sus "sistemas religiosos" (por llamarlos de algún modo), ni mucho menos tomarlos como meros ejemplos de "teologías naturales" disidentes, anglicanas y católicas. Mi interés por esos teólogos naturales reside más bien en su calidad de autores. A través de la lectura de sus obras, mi aspiración es poder reconstruir la manera en que elaboraron esos tratados, qué libros utilizaron, qué modelos argumentativos emplearon, de qué manera reelaboraron, parafrasearon, tradujeron descontextualizaron y recontextualizaron conocimientos, qué margen de acción les permitían las convenciones literarias de la época. Es decir, me interesa ver qué armas seleccionaron del arsenal intelectual de la época y de qué manera las esgrimieron para lograr sus objetivos. En definitiva, lo que está en el centro de la cuestión es pensar la manera en que un cristiano educado y con inquietudes religiosas podía construir su propia visión del mundo y de su fe.

Publicidad incipiente en el Buenos Aires virreinal: anuncios y anunciantes del Telégrafo Mercantil

Por María Eugenia Martese

El primer periódico impreso regularmente en Buenos Aires titulado *Telégrafo Mercantil, político-económico e historiógrafo del Río de la Plata*, que fue editado entre 1801 y 1802, contenía una sección titulada "Noticias particulares" en la cual constaban anuncios de publicación gratuita. En el marco de una investigación anterior, el análisis de dichos avisos proporcionó datos valiosos sobre aspectos sociales, culturales, económicos y comerciales de la capital virreinal en los años iniciales del siglo XIX. Poco más de 200 anuncios fueron clasificados según su tipo: ventas de variados artículos, inauguración de establecimientos educativos y de esparcimiento, pérdidas y hallazgos de objetos valiosos, entradas y salidas de embarcaciones del puerto, entre otros. En el presente trabajo, continuación y complemento del anterior, me centraré en el universo de 120 anunciantes que pudieron ser identificados con el fin de contribuir al conocimiento de la población de la ciudad de Buenos Aires a fines del siglo XVIII y principios del XIX. A partir de la confección de una nómina completa de anunciantes y de la búsqueda minuciosa de datos sobre cada uno de ellos en un amplio repertorio de fuentes documentales, pretendo lograr dos objetivos: realizar un análisis general,

que permita trazar el perfil del grupo, y un análisis particular, que permita reconstruir, en la medida de lo posible, las biografías de cada anunciante y descubrir las relaciones que existieron entre ellos. Además, mediante una comparación entre el grupo de anunciantes y el de suscriptores me propongo indagar acerca del interés suscitado por el periódico en la sociedad porteña virreinal.



Ciclo “Nuevos enfoques en la historiografía argentina”

Durante el último cuatrimestre del año 2015, continuaron las actividades pertenecientes al ciclo de conferencias titulado: “Nuevos enfoques en la historiografía argentina”.

En su marco, se realizaron las siguientes mesas redondas: “Debate sobre la economía del primer peronismo” con la participación de Gerardo Della Paolera, Juan Carlos de Pablo y Pablo Gerchunoff, con la moderación de Roberto Cortés Conde; “Nuevos enfoques de la Historia de la Población” con Mónica Ghirardi, Gladys Hernán Otero y la moderación del César A. García Belsunce; “Historia de las instituciones jurídicas y del derecho” con Eduardo Martiré y Ezequiel Abásolo. En este último evento se dio constitución al Grupo de Trabajo sobre Historia de las Instituciones y del Derecho, Siendo sus promotores los Académicos Eduardo Martiré Eduardo Zimmermann y Ezequiel Abásolo.

El ciclo continuará durante al año 2016.

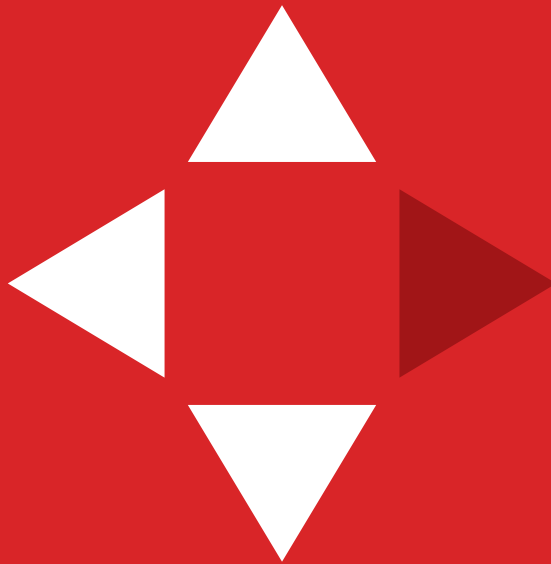


Ciclo Diálogos sobre libros

Durante el último cuatrimestre del 2015 la Academia Nacional de la Historia continuó con la realización del Ciclo Diálogos sobre Libros con el comentario y discusión de recientes obras historiográficas. En esta oportunidad se presentaron *El sistema federal argentino. Debates y coyunturas 1860-1910*, coordinada por las doctoras Paula Alonso y Beatriz Bragoni. Contó con la disertación de Natalio Botana y Eduardo Zimmermann; y *“Roque. Sáenz Peña: el presidente que forjó la democracia moderna”*, de María Sáenz Quesada, con la participan en el panel de Roberto Cortés Conde y Rosendo Fraga.



Exposiciones Académicas



Apenas ayer. Itinerarios de la historiografía en medio siglo de incertidumbres

Por el académico de número DR. FERNANDO J. DEVOTO

La historiografía en medio siglo de incertidumbres. Sé que algunos podrán objetar que todos los tiempos lo son y que otros, inversamente, serenos de espíritu o imperturbables, podrán decirme que no han percibido el último medio siglo de ese modo. Nada tengo que oponer, apenas manifestar mi admiración hacia estos últimos como hacia todos los discípulos espirituales de Leibnitz. Sé también que el problema es inabarcable y que lo que voy a proponer es una perspectiva entre otras posibles, perspectiva personal, como todas quizás lo son. La experiencia del mundo es el primer criterio para la comprensión del mundo. Nos lo recordó muchas veces ese eminente filósofo e historiador que fue Wilhem Dilthey. Espero al menos que esta mirada personal no sea arbitraria desde sus presupuestos.

Empero, antes de evocar cómo eran las cosas en aquel 1971 en que empecé a estudiar historia, quisiera hacer un breve repaso sobre los estudiosos que ocuparon este mismo sillón que se me ha asignado no solo porque ello forma parte de una buena tradición sino porque creo que puede ayudar a presentar mi argumento.

En 1901 lo ocupó por primera vez un investigador de origen letón, Carlos Berg, que había llegado a estas tierras atraído por las posibilidades que en ella había para los que disponían de saberes que no estaban desarrollados en la Argentina de entonces. Puede parecer curioso a nuestra sensibilidad contemporánea que alguien especializado en la zoología y en especial en la entomología ocupase un lugar en la entonces Junta de Historia y Numismática. Pues de ello trataron los trabajos de Berg: clasificaciones de los lepidópteros de la Patagonia (que buscando en el diccionario descubrí que eran las mariposas), de los hemípteros, de los batracios y de tantas otras especies, ese estudioso que fue Director del Museo de Buenos Aires y miembro de la Sociedad de Entomólogos de Riga y de la de Londres. Desde luego, bien podría argumentarse que, desde el siglo XVIII al menos, la historia natural del hombre y lo que se llamaba la historia civil iban paralelas y que junto con otras formaban parte de aquello que se denominaba "Historia", así por ejemplo en el Discurso preliminar de D'Alembert a la célebre "Encyclopédie". Podría recordarse también que, en el clima del positivismo que se expandía en la segunda mitad del siglo XIX, la segunda parecía subordinada, al menos en sus métodos, a la primera. ¿Y no había dicho entre nosotros ese otro ilustre académico que fue José María Ramos Mejía, en el "Rosas y su tiempo", que él



Carlos Berg

quería trabajar como historiador con la misma "serena indiferencia" del entomólogo, poniendo así a la labor de éste como ejemplar? Tiempos del positivismo o del cientismo que ordenaban en sus certezas, mientras duraron, el conjunto de los saberes del hombre.

En 1925 ocupó fugazmente el sillón 39, Enrique Hurtado y Arias, otro extranjero nacido en Tacna y arribado a Buenos Aires en 1909, donde había recalado en el diario "La Nación", en la que escribiría sobre muchos temas, entre ellos, históricos. Estos últimos, reunidos en un libro de 1924: "Al margen de la historia" parecen su contribución principal a los estudios históricos. No era, desde luego, un historiador, en el sentido en que hoy entenderíamos el término, sino un ensayista que cultivaba distintos géneros, entre ellos el teatro y que parece haber sido un conspicuo miembro de la vida cultural y la bohemia de Buenos Aires de los años veinte. A su modo, la figura de Hurtado y Arias nos recuerda en cuán gran medida la historiografía podía ser entendida entonces como una disciplina ejercida de muchos modos y hasta qué punto los saberes profesionales especializados seguían siendo incipientes en el país nuevo.

Las cosas cambian en 1926 al ser designado un joven historiador, Carlos Heras que tenía entonces 30 años y que ocuparía este sillón durante los





D'Alembert

cuarenta sucesivos. Con él llegaba la "Nueva Escuela Histórica" y llegaba para quedarse. En sus palabras de agradecimiento al ser incorporado, Heras recordaba "al maestro Ricardo Levene, espíritu noble y alentador a quien debo el rumbo definitivo de mi existencia". Cuarenta años tan convulsionados en el mundo y en la Argentina que Heras parece haber atravesado imperturbable, en esta Academia y como Profesor en la Universidad Nacional de La Plata, en la que logró superar sin alteraciones la inestable vida universitaria argentina. Heras sería una figura relevante de la nueva escuela histórica en la línea de Ricardo Levene y, si se quisiera esquematizar, en una de las dos diferentes vertientes que continuarían su infatigable labor. En efecto, si por un lado la tradición leveniana se desplegaba en Buenos Aires y en sus discípulos, hacia la historia jurídica y de las instituciones, en La Plata se orientaba hacia la historia de los hombres notables y la política. No es hora de reabrir aquí las polémicas que antes, durante y luego se hicieron contra esta última forma de hacer historia, desde León Tolstoi hasta Charles Peguy, desde Benedetto Croce hasta Lucien Febvre. Mejor es detenerse en que lo que ella ofrecía: un estudio laborioso y erudito de momentos del pasado argentino, en el primer medio siglo de vida independiente. Si sus primeros trabajos giraron en torno a la década de 1820, los comienzos de gobierno de Martín Rodríguez, la supresión del cabildo o la libertad de cultos y sus antecedentes, luego se desplazarían hacia el período comprendido entre Caseros y Pavón al que dedicó sus mejores esfuerzos. Una historia de acontecimientos y personalidades narrada sin malicia en la que Carlos Heras buscaba esclarecer los hechos no a través de las intenciones de los hombres notables sino a través de sus ideales. El cuadro es así el de los trajines denodados y abnegados de figuras relevantes en su intento de construir la nación argentina. Una historia, en suma, optimista acerca de los logros pasados y futuros de un país. En

resumen, certidumbres, no incertidumbres.

Cierto, como en todo buen historiador que trabaja apegado a sus fuentes, los trabajos de Heras habilitaban también miradas más pesimistas que las suyas. He ahí el enjundioso estudio que dedicó al desventurado Martín de Moussy que tanto dice a contraluz acerca de los límites e improvisaciones de la Argentina de entonces. Con todo, aunque otras interpretaciones sean posibles y nuevas miradas releen esos documentos desde otras perspectivas, siempre será útil volver a la rica información reunida en sus estudios. En lo que aquí nos interesa esa forma de hacer historia no parece haber sido alterada por los tantos cambios en la historia y en la historiografía en esos cuarenta años o en más de medio siglo, si a ellos agregamos los casi veinticinco años en los que otro erudito de la escuela platense, Andrés Allende, ocuparía ese sillón desde 1970. Allende desplegaría sus esfuerzos sobre un ámbito semejante, la provincia de Buenos Aires, en un período ampliado en especial hasta la década de 1880 y con un mismo módulo historiográfico. Así, mientras la escuela de historia del derecho se abría hacia el exterior a un diálogo con aquellos estudiosos que en otros contextos estaban renovando profundamente esa disciplina, desde Paolo Grossi hasta Antonio Hespanha, la escuela platense permanecía, aparentemente, bastante idéntica a sí misma. Y, sin embargo, de esa misma tradición surgiría el siguiente ocupante del sillón, Carlos Mayo, nombrado académico en 1997.

Carlos Mayo, coetáneo mío, al que frecuenté intermitentemente en los años que coincidimos en la Universidad de Mar del Plata, hombre algo solitario y melancólico, capaz de dar, circunspecto, sabios consejos, siempre con sus problemas de salud a cuestas, fue uno de los más talentosos historiadores argentinos. Procedía también de esa escuela platense habiendo sido discípulo dilecto de aquel en quien más alto brillaron los méritos de la misma, Enrique Barba, en tanto fue el que llevó más lejos las potencialidades filológicas implícitas en esa tradición y logró que esa historia de los hombres relevantes y la política adquiriese sofisticación y complejidad. Mayo heredó esas virtudes para trabajar con los documentos y las aplicó a temáticas renovadas, de la historia social pampeana a la vida cotidiana y aún íntima, hasta donde existía, de sus habitantes. Lo ayudó a ampliar sus horizontes, su experiencia norteamericana, en Rutgers y en la Universidad de California en Los Angeles en la que se doctoró, en 1984, bajo la dirección de James Lockhart, ese estudioso de la historia social americana que enriqueció la imagen de la sociedad colonial peruana. Quizás el contacto con Lockhart le sirvió tanto para aprender a valorizar o leer de modo diferente otro tipo de fuentes, eclesiásticas, notariales y judiciales como para pensar el pasado desde las profundidades de la historia social, o quizás ya había tomado nota



desde antes, curioso lector y observador como era, de los cambios en la sensibilidades historiográficas. En cualquier caso, esa nueva forma de indagar el pasado le serviría para renovar profundamente la interpretación del mundo rural pampeano, un tema que tenía una larga tradición desde las mismas Investigaciones de Levene de 1927. Así, pudo brindar una nueva imagen de la sociedad pampeana, entre el siglo XVIII y el XIX, tema que dominó con maestría sin par. En ella emerge en primer plano todo aquello que estaba sumergido debajo de los héroes, de los notables, de los caudillos o de los grandes terratenientes, esas personas corrientes, hombres o mujeres, pequeños propietarios, pulperos, puesteros, peones, soldados, que hicieron, tanto como padecieron, lo que hoy llamamos la Argentina. Quizás todo ello fue posible porque “amaba la vida y sabía mirarla”. Empero todavía se podría ir más allá y recordar su incursión en categorías o problemas nuevos o poco frecuentados como la historia de los consumos, la historia comparada o la noción de frontera. Fue asimismo, según testimonio de uno de sus alumnos, un profesor “deslumbrante”. Recuerdo el entusiasmo que me provocó leer su gran libro, “Estancia y sociedad en la Pampa (1740-8120)” y me complace que el señor Presidente de la Academia el Dr. De Marco me indicase, cuando me llamó para comunicarme mi incorporación, que habían elegido asignarme este sitio porque era el que había ocupado Mayo. Onore e onere.

Si los cambios en esa escuela platense que muestra la obra de Mayo eran en muchos planos cambios en



José María Ramos Mejía

la continuidad, distinta era la situación en ese otro lugar que era la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en la que estudié y enseñé. En un esbozo de unas memorias que nunca terminaría, Italo Calvino escribió. “Una explicación general del mundo y de su historia debe antes de todo tener en cuenta cómo era la situación en nuestra casa”. Pues bien, ¿cómo era en ese lejano 1971, ese lugar en la calle Independencia desde el cual íbamos a acercarnos a la historia? Era un vendaval o una tempestad en el que se entrecruzaban tantos motivos, generales y particulares, políticos, culturales, generacionales. Peronismos, marxismos, revoluciones, una y muchas, militares, retornos, utopías, violencias, dependencias, primer mundo y tercer mundo y tantas biblias religiosas y laicas circulando.

Desde ese algo más apacible rincón que era la carrera de historia, todo podría resumirse en una nueva versión de la querrela entre los antiguos y los modernos. Estaban, desde luego, los antiguos, los profesores que nos obligaban a leer cosas que, aunque entonces no apreciábamos debidamente, mostraban las muchas buenas formas de hacer historia más allá del Río de la Plata. Profesores que, en varios casos, y entre ellos algunos aquí presentes, nos ponían en contacto con autores que implícitamente desprovincializaban nuestras matrices culturales. Así lo hacía también Angel Castellán con sus italianos a los que volvía una y otra vez en su visión cosmopolita y clásica de la historia de las ideas de la época moderna.

Ciertamente, las preferencias de nuestra generación, equivocadas o no, iban por otro lado. En una reedición historiográfica de la “entente cordiale”, concitaban las mayores curiosidades la historiografía marxista, sobre todo pero no solo británica y la tradición francesa de Annales, con predominio de esta última. Para los que preferían la primera, una opción no solo historiográfica, los nombres de Dobb o Hobsbawm y los problemas de la transición del feudalismo al capitalismo o de las revoluciones burguesas emergían como motivos organizadores. Para aquellos a los que les interesaba más la segunda, las curiosidades eran más heterogéneas: el problema de la “longue durée” braudeliana, los combates de Lucien Febvre contra la historia que él llamaba historizante o la historia serial (Labrousse y Romano) se sumaban de modo algo confuso como manifiestos de una “nueva historia” -y sin meditar acerca de posibles incompatibilidades. Aquí y allá aparecía el gran Marc Bloch, sin que se apreciase debidamente cuánto todo futuro historiador podía aprender en sus páginas acerca del “métier d'historien”. En mi caso debo a mi profesora Haydée Gorostegui de Torres, las amables y persuasivas sugerencias de que prestara un poco más de atención a todos ellos. Por detrás de todo ese movimiento estaban los ecos de esa extraordinaria experiencia



Lucien Febvre

que había sido la cátedra de Historia Social que había dirigido José Luís Romero y que entre sus tantos méritos encontraba uno no menor en el haber puesto a disposición de docentes y alumnos muy novedosos y variados materiales de la historiografía euroatlántica que todavía circulaban desde la década posterior. A su modo se había tratado del más ambicioso intento realizado en Argentina para poner en circulación una historia social en diálogo con las ciencias sociales en oposición a la tradicional historia erudita.

Cierto, en ese algo indiscriminado ataque contra la historiografía tradicional caía también junto a Langlois y Seignobos aquella gran estación del historicismo, o si se prefiere un término más abarcador, de “la filosofía crítica de la historia” como la llamó Raymond Aron. Desaparecían del escenario abruptamente de Dilthey a Rickert, de Meinecke a Croce, por no mencionar a Weber o Simmel, que siempre habían estado muy poco presentes entre los cultores de “Clio”. Solo quedaba de aquellas tan ricas reflexiones la síntesis no siempre persuasiva y para consumo del paladar británico, que brindaba Robin Collingwood en su “Idea de la Historia” y también, aunque casi nadie se percatase de ello, una historiografía de la comprensión contrabandeada bajo el rótulo de nueva historia por Lucien Febvre.

En el territorio de la historiografía argentina el botín era bien más magro. Eran los años de un ascenso que parecía indetenible del revisionismo, del cual incluso la Academia tomaba nota incorporando a esa figura tan apreciable que era don Julio Irazusta. En cualquier caso, poco se podía sacar en limpio de todos esos debates dominados por la falta de esa distinción imprescindible entre perspectivismo y partidismo. Y, por lo demás, el revisionismo al igual

que otras contrahistorias ensayistas de entonces, muy poco innovaba metodológica o teóricamente. En muchos planos estaban más atrás que los eruditos. Afortunadamente, ahí estaba, desde la lejanía Tulio Halperin Donghi y en especial, su notable Revolución y guerra para evitar que nos barbarizáramos completamente. Un Halperin que entonces o luego, no solo influiría por su producción de historiador sino por el saludable temor que inspiraban sus potenciales juicios críticos y por su ejemplar modo de colocarse en la profesión. Menos ecos tenían en esos días, lamentablemente, otras dos tradiciones que habían sido fuertes en la Facultad precedente a 1966, aquella germaniana, sobre todo y aquella cepalina. Hubieran ayudado a ampliar la mirada más allá de fatigados debates sobre unitarios y federales o sobre librecambio y proteccionismo.

Desde los años transcurridos puede señalarse que las defensas de la historia de Halperin, en el trabajo aludido y en otros de entonces, encontraban una sincronía con aquellas que en el contexto europeo libraba Arnaldo Momigliano. En 1974, en su seminal *Las reglas del juego en el estudio de la historia antigua*, el historiador italiano residente en Londres, advertía acerca de tres deslizamientos peligrosos que detectaba en los nuevos tiempos historiográficos: el alejamiento de las fuentes en beneficio de la bibliografía, con el agravante de considerar solamente aquella más reciente, el olvido de que más documentos significa mejor historia y las excesivas preocupaciones por las cuestiones epistemológicas. Sobre esto último afirmaba tajante que “el historiador trabaja sobre el presupuesto de ser capaz de reconstruir y comprender los hechos del pasado. Si un epistemólogo logra convencerlo de lo contrario, el historiador debe cambiar de oficio”.

El diagnóstico de Momigliano era acertado y señalaba tendencias más generales que las de la específica situación argentina y que comenzaban a poner en cuestión, a la vez, a las dos grandes tradiciones que habían nacido en el origen de la historiografía moderna: el historicismo clásico que se suele llamar, quizás impropriamente, rankeano, cuyas raíces se encontraban en el siglo XVIII y el de una historia ciencia social hasta entonces en alza (y cuyas raíces eran también antiguas) que había buscado oponer a la historia de los acontecimientos la indagación de estructuras profundas y, en algunos casos, no todos, las miradas globales a aquellas nacionales. Es decir, a la vez, tanto a los que podían ser percibidos en la Argentina de entonces como antiguos, como a los modernos.

Indiquemos algunas fechas: en 1967, Roland Barthes publicaba *El discurso de la historia* poniendo en cuestión las presunciones de objetividad de la historiografía, en especial pero no solo, la que operaba con el modelo narrativo tradicional, y la



Arnaldo Momigliano

función ideológica o imaginaria y no científica de de la misma. Poco luego, del otro lado del atlántico, en 1973, Hayden White recargaba la dosis y proponía en su *Metahistoria* una estrecha asociación entre Historia y retórica y por detrás de ella reconducía, en modo sencillo, la historiografía decimonónica a formas ideológico-políticas. No era necesaria tanta sofisticación argumentativa para llegar a tan convencionales afirmaciones. Por otra parte, en 1969, en pleno apogeo de la nueva historia, Paul Veyne, en un libro más astuto que convincente, *Como se escribe la historia*, aunque no llegaba tan lejos como los anteriores en su definición de la historia como “roman vrai”, sí realizaba un ataque en toda la línea contra la historiografía de “Annales” para lo cual recurría, no siempre reconociéndolo debidamente, a aquel gran adversario de la misma que era Raymond Aron. En cualquier caso, era un síntoma de que en la misma Francia el paradigma científico cuantitativo entraba en una zona de turbulencias tanto historiográficas como institucionales. A su modo lo exhibiría François Furet, en 1974, quien aunque estremo defensor de la historia serial que “presenta la ventaja decisiva desde el punto de vista científico de que sustituye el incaptable “acontecimiento” de la historia positivista” admitía ya por entonces la legitimidad de otros abordajes muy diferentes. Por su parte, en los dos lados del canal de la mancha, el marxismo estructural, siempre minoritario en la Isla del empirismo historiográfico, también entraba en crecientes dificultades por razones tanto históricas (o histórico-políticas) como historiográficas. En el último sentido, ahí estaba la obra de E.P. Thompson, dentro de esa misma tradición que a partir de su fundamental *The making of the english working class*, de 1963, parecía sugerir implícitamente y a contraluz los problemas que se podían derivar de no prestar la debida atención a los sujetos y sus “experiencias”

en su específica historicidad. Su abrumador éxito desde la segunda mitad de los años setenta sería un buen indicador de que muchos historiadores buscaban en él un camino de salida de las férreas determinaciones teóricas.

No debemos, sin embargo ir demasiado lejos por este camino. En esos mismos años, la historiografía como ciencia social histórica, la historia de las estructuras si se quiere, aceleraba su camino ascendente en Bielefeld y, por otra parte, ciertos ámbitos de la historiografía como la historia económica o la historia demográfica continuaban y aún reforzaban otros enfoques nomológicos. ¿Y, por lo demás, no seguían imperturbables los historiadores tradicionales en su afán por narrar las cosas “tal cual efectivamente sucedieron”, en su creencia de que el pasado podía ser simplemente “fotocopiado”? Los cambios en la historiografía casi nunca son uniformes y también la disciplina está regida por la “simultaneidad de lo no simultáneo” que postulara Reinhardt Koselleck. Siempre han coexistido y coexistirán distintas formas de hacer historia.

En cualquier caso, de todo ello, poca noticia se tenía por entonces entre los historiadores de por aquí, hasta donde llegan mis conocimientos. Como también poca o ninguna noticia se tenía de otros movimientos más prometedores que comenzaban a ensanchar horizontal y verticalmente el territorio de la historiografía. En 1972, en un seminario en Princeton, Robert Darnton comenzaba a experimentar la aplicación de la antropología cultural de Clifford Geertz al campo de la historia y ponía así a rodar sus matanzas de gatos. Unos años antes, en 1966, ya Carlo Ginzburg había publicado *Il benandanti*, un libro que buscaba atrapar la cultura popular campesina a través del estudio de las fuentes inquisitoriales y en Francia, antes y después de esa fecha, un crecientemente conocido Philippe Ariès proponía sus temas vinculados a la privacidad, del niño y la vida familiar a las actitudes ante la muerte. Todos temas no estrictamente nuevos pero que en su popularidad creciente revelaban como otros, a los que no se alude aquí, cambios en las sensibilidades historiográficas. Con todo lo que traía de positivo, para brindar una imagen más compleja del pasado, una historia no centrada en los grandes hombres y la política o en las estructuras que debían explicarlo todo, habría algunos costos no menores en las ambiciones de una nueva nueva historia. Ciertamente esa busca de complejidad que proponía el estudio de lo antes omitido parecía cada vez más necesaria ya que el presente devenía crecientemente ininteligible y la fe secularizada en el progreso, en la modernización unilineal, en el mismo futuro, en el estado nación como unidad de sentido y de destino, en los grandes hombres como hacedores del camino de todos, se debilitaba. Sin embargo, muchos de los nuevos territorios, para los que existían inevitablemente



Roland Barthes

menos fuentes disponibles, obligaban al historiador a reforzar el contexto como instrumento para la iluminación de los fragmentos dispersos, en suma, a apelar a dosis más masivas de "filología combinatoria" y al hacerlo daban, volens nolens, nuevos argumentos a los escépticos acerca de la posibilidad de un conocimiento cierto del pasado, a la vez que aceleraban ciertos pasajes de la historia de la sociedad a la historia de las representaciones de la misma.

Bien mirado, algunos de los problemas estaban ya en los orígenes de la historiografía moderna. Ciertas fisuras existían en la operación histórica que ella proponía. Basta releer las reflexiones de Humboldt o la obra de Niebuhr. El primero abiertamente admitía que una vez establecidos los hechos, el historiador debía completarlos y entrelazarlos y que para ello, las virtudes del poeta eran tan requeridas como las del erudito y que luego de haber logrado comprender el sentido de una época todavía el historiador debía enfrentar otro desafío: trasladar ese pasado así reconstruido a una forma narrativa que ciertamente no podía nunca contenerlo adecuadamente. En suma, intuicionismo, esa palabra que Max Weber buscaba desterrar de las ciencias sociales. Niebuhr, más prosaico, simplemente indicaba que el historiador debía apelar a la "fantasía" para estudiar un pasado del que solo tenía restos dispersos. Y por otra parte, las soluciones nomológicas o nomotéticas que acercaban la historia como ciencia a los modelos de las ciencias físico-matemáticas, como la estación del positivismo ya había mostrado, pronto habían revelado sus límites en el carácter abstruso o extravagante de muchos de sus productos historiográficos. Y más allá de ello, las mismas ideas de ley y causalidad aplicadas a las ciencias históricas ¿no eran vistos como instrumentos que suprimían tanto la variedad inagotable de la vida histórica como también los motivos e intenciones de las personas concretas sin considerar los cuales poco podía hacerse?.

Asimismo, otras novedades como la multiplicación de los sujetos desde los cuales pensar el pasado, de las mujeres a las minorías, de las clases subalternas a las personas corrientes, y que servían para desestructurar los cuadros analíticos de la historia social clásica también traían aparejados una multiplicidad de puntos de vista que parecían intercambiables y más lo parecían en tanto no se trataba solo de mirar desde un actor específico sino de identificarse con él. Inevitablemente ello ponía en cuestión la posibilidad de un conocimiento del pasado en términos de una "verdad" que no fuese solo relativa e igualmente legítima que otra.

Pero volvamos a la Argentina. Como se señaló, poco de todo esto llegaba a estas playas. Otros problemas más acuciantes enfrentaba la generación de nuevos historiadores. La misión Ottalagano desestructuró los ámbitos universitarios y, en su carácter arbitrario e indiscriminado, afectó no solo a la historiografía militante sino también a los comienzos de una renovación historiográfica, ya debilitada desde antes y gravemente, por la intervención de 1966. La brutal dictadura militar que tanto empeoró la situación de los argentinos, en el ámbito universitario solo tuvo que pasar el peine fino. Muchos, entonces y aún antes, se insertaron en ámbitos privados, otros emigraron al exterior acelerando un proceso de internacionalización de la historiografía argentina que ya no se detendría. Sabemos además, desde los ejemplos de Tucídides y Polibio, que las derrotas ayudan a formar buenos historiadores. Ellos nacen también desde las preguntas y las incertidumbres que provocan los cataclismos personales y colectivos. Y así, la historiografía argentina fue renovándose en esos años oscuros y muchos de los aquí presentes contribuirían a ello. Solamente quiero mencionar a una persona de las que están aquí: Ezequiel Gallo cuyos estudios sobre la sociedad, la política y la economía de la Argentina moderna tanto iban a contribuir a complejizar nuestras interpretaciones de ese pasado. Y bien puede afirmarse que las promesas que contenían los sesenta y los primeros setenta, de aquello que se llamaba historia social, y que era mucho más que eso, se iban paulatinamente a concretar en los años ochenta. Fue posible, también, gracias al abandono de dogmatismos y al derrumbe de los grandes relatos omniscientes. El historiador no podía ya ilustrar con ejemplos extraídos de aquí y de allá lo que ya sabía (o creía saber) sino que ahora había que ponerse a investigar dándole su oportunidad a los hechos. Asimismo, cierto retraso en la recepción de las modas externas contribuyó al impedir que la marea de los escépticos llegara rápidamente al Río de la Plata.

También el retorno de la democracia ayudó no poco a esa renovación al ser una transición política e institucional civilizada, cosa tan rara en la Argentina, que permitió crear un clima en el que, apagados

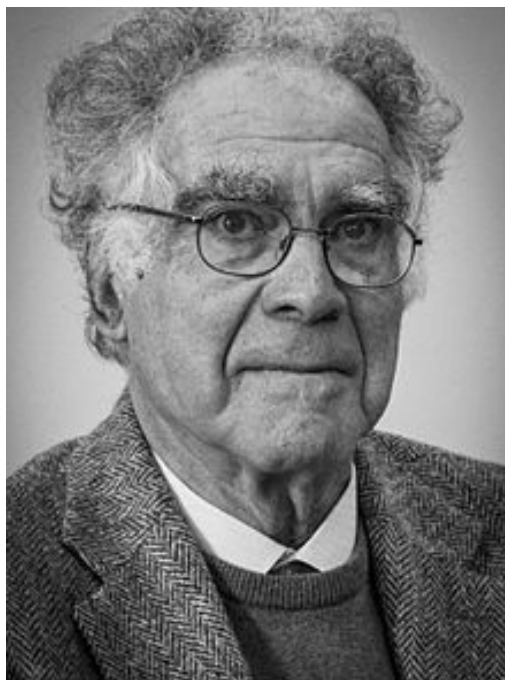


algunos tempranos fundamentalismos, muchos entendieron en el gremio que no había otra posibilidad más que convivir. Los modernos encontraron sus lugares y también los antiguos conservaron los suyos y esta misma Institución dio muestras, en la Nueva Historia de la Nación Argentina, que estaba dispuesta a establecer puentes entre su propia tradición historiográfica y otras tradiciones. No quisiera, con todo, dar una imagen demasiado edulcorada de la profesión. Había, hay y siempre habrá conflictos e irreductibles y fundamentalistas que se niegan a cualquier diálogo. Me gustaría creer que son los modestos que no confían en el fondo en su propio trabajo. Pero no lo sé. Ciertamente se que más que homogeneidad se necesitan puentes que conecten la diversidad. Más habrá, mejor será. En cualquier caso, la historia como campo de batalla, título de un libro reciente de un autor con seguidores en Argentina, me parece una perspectiva desacertada. Hace recordar lo que escribió el viejo Croce a propósito de la "revolución" del historicismo. Las revoluciones (como las batallas) no se hacen en la historiografía, se hacen en la historia.

Entretanto, en el occidente historiográfico la rueda no cesaba de girar. En los años ochenta y primeros noventa, los relativistas avanzaban por doquier, en especial en el mundo norteamericano. El monumento se transformaba en documento. Ya nada decía sobre las realidades del pasado sino, en el mejor de los casos, sobre los productores de los documentos. El archivo no contenía ya la verdad sino que hablaba de la verdad. Las tan inasibles mentalidades se transformaban en los aún menos asibles imaginarios. Las dificultades para lidiar con autor, texto y contexto llevaban a una presunta muerte del autor para resolver los problemas. Las fronteras entre historia y ficción se diluían so pretexto de su común pertenencia al género narrativo. La retórica concitaba tanta atención que incluso una historiadora inteligente como Deirdre McCloskey se lanzaba a indagar la retórica de los economistas y de los historiadores. Ilustres representantes de la nueva historia como Braudel o Thompson, apenas poco antes admirados, eran ahora sumariamente ejecutados por otros aún más nuevos y en especial por los "santos sin milagro" (como decía Ruggiero Romano). Es decir aquellos que incapaces o desinteresados de realizar obras originales de largo aliento eran hábiles en la crítica historiográfica y en las argucias argumentativas. Con todo, en el caso de Braudel, una nueva fortuna parece acompañar hoy a su obra en otros contextos, como el de la historiografía china de la que tan poco sabemos. Y el mismo Thompson, en el cincuentenario de la publicación de su libro, ha sido comentado y celebrado en muchas partes. Los clásicos no desaparecen tan rápido como creen los hipermodernos.

El alejamiento de las fuentes y de su crítica, que ya había notado Momigliano, es decir del basamento

de la historiografía moderna, también se expandía. Empezaron a verse cada vez más historiadores que ni siquiera dominaban las lenguas de los documentos que debían estudiar. Por otro lado, mírese por un momento un área tan segura de sí misma como la



Carlo Ginzburg

historia económica en la que tantos avances se realizaron en las últimas décadas. Piénsese, por ejemplo, en los aportes tan innovadores de dos autores tan diferentes como Patrick O'Brien que argumentó, convincentemente, contra las bondades del ejemplar modelo inglés de industrialización al compararlo con el francés o el más reciente de Kenneth Pommeranz que sostuvo en cuán gran medida el desarrollo económico occidental, si comparado con el de China, era solamente pionero en los últimos dos siglos. Obras discutibles sin duda pero que abrían nuevas miradas contra la lecturas lineales evolutivas que reposan siempre sobre una idea perezosa de las posibilidades de la creatividad humana. Pues bien, en esa disciplina que tanto avanzaba, podían encontrarse también alarmantes caídas de tono. He ahí el trabajo de un historiador económico australiano presentado en Lovaina en 1990 (el caso fue remarcado por David Landes) que calculó, en base a dos fuentes problemáticas separadas por 600 años, que el PBI británico había crecido entre el siglo XI y el siglo XVII el 0,49 anual y el PBI per cápita el 0,29%! Un caso extremo de abuso de la confianza del lector pero que no deja de señalar cuántas alegres operaciones poco plausibles en sí mismas se pueden hacer con datos cuya confiabilidad no es siquiera discutida. Asimismo, en otros campos alejados de ella, como la historia cultural, cuántos esfuerzos para brindar interpretaciones complejas basadas en muy pocos documentos y además indirectos. Vuelven al recuerdo las acres palabras de Momigliano que aunque no negaba la posibilidad



Fernand Braudel

de historias hipotéticas, cuando los documentos eran insuficientes, no dejaba de señalar la peligrosidad de creer en la importancia de las conjeturas cuando no hay bases para conjeturar.

No seamos, sin embargo pesimistas. Los relativismos y sus “giros” están quedando atrás y ya en el volumen de 1992 compilado por Saul Friedlander, muchos mostraron las falencias y falacias de los relativismos posmodernos. Por otra parte, el desafío que plantearon aquellos enfoques ayudaron a los historiadores a mejorar sus instrumentos y hacer más persuasivos sus argumentos. Pese a todas sus promesas incumplidas, la microhistoria contribuyó en su momento a defender una perspectiva científica sobre otras bases y más recientemente, nuevas formas de la casuística sirvieron, en ambiente francés, para tratar de contemplar a la vez la excepción y la regla, la norma y el caso. En enfoques más filológicos bastante se avanzó también en precisar nociones como prueba y evidencia o verdad y verosimilitud como así también en deslindar, por ejemplo, entre verdad jurídica y verdad histórica. También el problema de la narración y el de la argumentación en sede histórica han sido mejor fundamentados buscando precisar la diferencia entre “evidencia in narratione”, operación retórica y evidencia en sede histórica. El nombre de Ginzburg debe recordarse aquí. Asimismo, la misma noción de “experiencia” y su distinción de la noción de “representación” ha sido profundizada. Por su parte, la idea de que todo conocimiento es inevitablemente lingüístico o está mediado por el lenguaje no parece tener ya tantos entusiastas seguidores. Por otro lado, se ha aprendido a tomar más precauciones previas antes de comenzar una investigación al haber entendido que, por ejemplo, la elección de una escala espacial o

una escala temporal tiene muchas más implicancias de las que se creía en relación con los resultados obtenibles en los estudios históricos.

Quizás ya no se pueda volver al viejo Ranke y a su aspiración de que el historiador deba tratar de ser impasible, insensible, deba anular su situación y su temporalidad, sus valores y sus creencias. No solo porque ello es imposible sino porque eso no garantiza una buena historiografía. Quizás tampoco se pueda volver al método Chabod que defendía el gran Franco Venturi en sus irritados últimos años, método según el cual lo que el historiador tenía que hacer era simplemente leer todo y controlar las citas. Contra los peligros de la primera ilusión siempre se puede apelar a la ayuda de Droysen: el historiador está siempre en el presente, al igual que sus fuentes y lo que indaga está en otro tiempo. De lo que se trata es de buscar los puentes eludiendo la mimetización y el anacronismo. Lo que es un modo de retornar a las reflexiones del historicismo acerca de las temporalidades diferenciadas del estudioso del pasado y de sus objetos. Contra los límites de la segunda, ahí están los avances de las últimas décadas para atenuar las fisuras que existían en la operación erudita. Seguramente ello implica una operación menos arrogante o menos segura de sí misma que la de los viejos épocas y tal vez ya no podamos tener la antigua firme convicción de que podemos conocer las cosas como efectivamente sucedieron pero sí podemos, en el peor de los casos, saber cómo no sucedieron. El historiador con sus fuentes siempre conserva el poder de veto.

Por lo demás, más allá de dudas e incertidumbres y de los peligros de la hiper especialización y de las lógicas académicas, que suelen llevar a abandonar los grandes problemas o las grandes preguntas que estuvieron en la base de las mejores obras de historia de otros tiempos ¿no han seguido produciéndose notables libros de historia y de amplio aliento en las últimas décadas? Claro que sí y cada uno de nosotros puede señalar ejemplos diferentes. Por mi parte me limitaré a señalar dos: la Historia de la población en Inglaterra de Wrigley y Schofield y el “Barbarismo y religión”, aún inacabado, del último Pocock, en el que alcanza quizás su fruto más maduro la tradición contextualista de Cambridge que tanto batalló, por otras vías, para reintroducir la temporalidad y para proponer una comprensión posible y plausible de las ideas de los letrados de otras épocas. Por otra parte, nuevas hibridaciones entre la historia y las ciencias sociales han enriquecido el trabajo de los historiadores: la historia del derecho se reencontró con la historia social y con ello, las normas con las prácticas, la antropología aportó mucho a la historia política y a una nueva historia social que quería ampliar los moldes categoriales sobre los que antes había trabajado; la sociología, nueva u olvidada, Bourdieu o Elias, enriqueció los estudios de las elites,



de los intelectuales o de los procesos civilizatorios y la ciencia política a la nueva historia política.

También en la Argentina, los progresos de la historiografía académica han sido notables en los últimos treinta años y muchas de aquellas novedades, en forma diferenciada y con distinta intensidad, llegaron. Seguramente es de lamentar que las discontinuidades institucionales impidieran que los nuevos estudios se beneficiasen plenamente de otros producidos en el pasado así como de las habilidades y herramientas que deberían transmitirse de una generación a otra de historiadores y digo habilidades y herramientas, no preguntas, ya que cada generación formula inevitablemente las suyas. Probablemente algo se deba también a una cierta inclinación por las modas y por la bibliografía más reciente, hecho verificable tanto aquí como en otros contextos. Quizás podamos lamentarnos también de cierta ausencia de impulsos vitales en mucha de la producción actual. Es la moneda que tal vez sea inevitable pagar en un mundo profesional plagado de reglas absurdas y perniciosas para el conocimiento. De todos modos, no nos lamentemos tanto, finalmente nadie puede negar que hoy se hace mejor historia que en el pasado y que si ella no llega a veces a satisfacer plenamente las inquietudes que tuvieron otras generaciones -que por su parte tenían otros límites- sí brindan un conjunto sólido de materiales que servirán para pensar la atribulada Argentina. Por otra parte, pocas dudas puede haber en que los jóvenes estudiosos son plenamente cosmopolitas y que la circulación de ideas que conlleva la

internacionalización creciente ha disminuido la brecha entre las vanguardias de las diferentes historiografías occidentales. Basta no olvidar el hic et nunc que hace saludable las diferencias entre un historiador de aquí y de allá. Los problemas nunca son los mismos, las respuestas tampoco deben serlo. Pero no es necesario ir más allá, los jóvenes sabrán encontrar su camino. Y finalmente todavía podemos consignar otra nota positiva: en el enrarecido clima político de los últimos años los historiadores han podido preservar suficientes consensos como para mantener bastante indemne a la comunidad científica de los efectos más perniciosos de lo que ha sido dado en llamar "la batalla cultural".

Ciertamente este breve esquema no estaría completo si no se aludiese a otras incertidumbres que se ciernen en el horizonte del nuevo siglo -sorteados ya los desafíos del relativismo- y acerca de los cuales los historiadores actuales, argentinos o no, poco pueden hacer. Destacaría tres. La pérdida de centralidad de la historia en las sociedades occidentales en la percepción de los contemporáneos, incluida en ella su lento desplazamiento del lugar que había ocupado en el sistema educativo. Proceso que afecta en grado desigual a los distintos casos nacionales, pero presente en la mayoría. La segunda es la oleada de neo revisionismos que afectan a este y a otros contextos y que sumados a la divulgación periodística ocupan los espacios mediáticos y acceden a públicos amplios desde ellos o desde las tiradas a veces enormes de sus libros. No es claro lo que los historiadores profesionales puedan o deban hacer ante ello. Quizás pensar que trabajan en y para una temporalidad diferente a la del periodista o el ensayista y que no aspiran a satisfacer a las coyunturas cambiantes de la opinión pública. Los historiadores de profesión trabajan, idealmente, "für ewig" (según la expresión de Goethe reiterada por Gramsci) o como decía ya Tucídides "para siempre y no como una farsa destinada a los oyentes de un instante". Saben, asimismo, o deberían saber, que operan sobre un flujo temporal continuo y no discontinuo que se interrelaciona con los sucesivos presentes así como se interrelacionará de modo variable con los sucesivos futuros.

El tercer problema es de otra naturaleza. Las relaciones entre la historia y la memoria social. ¿Habremos entrado efectivamente en una era memorial, una era del testigo en la que la naturaleza indiciaria del documento es reemplazada por la naturaleza fiduciaria del testimonio? No estoy seguro, pero lo que sí es evidente es que la memoria está en boga y que ella presenta oportunidades, desafíos y peligros para el historiador. Se dirá que los historiadores eruditos ya estaban atrapados en la ambigüedad de servir a la pura verdad histórica y satisfacer los requerimientos de los grupos dirigentes del estado nación. Sea, pero todo era más indirecto



John Pocock





Norbert Elias

por entonces. Ahora los historiadores son incitados de modos nuevos y diferentes a brindar su condición de expertos en procesos memoriales, patrimoniales y judiciales. Las implicancias del involucramiento del historiador son problemáticas en particular en torno al business patrimonializador y más aun cuando es interpelado en calidad de experto en procesos judiciales. El papel de "testigo vicario" o sea de testigo en sustitución del testigo, tiene acechanzas imprevisibles, como lo recordaron a propósito del

caso francés Francois Hartog y Jacques Revel.

Llegados a este punto es quizás necesario dejar de fatigar a los oyentes y terminar. Antes de ello, se señala que lo presentado es apenas un boceto general de movimientos más complejos y que los énfasis u omisiones son producto de las preferencias y de las ignorancias del autor. Espero que pueda servir, al menos, para abrir un diálogo. ¿Qué concluir? ¿Quizás que el juego, que tal vez no haya terminado, consista en buscar problemas a las soluciones para luego hallar las soluciones a los problemas? O quizás que este medio siglo sugiere otra cosa: Ganancias y pérdidas. Entre las primeras, formas mucho más sofisticadas de hacer historia, entre las segundas, la tendencial decadencia de los instrumentos y habilidades filológicas que habían sido, históricamente, el núcleo constitutivo de la profesión. Tras la tormenta, creemos percibir los borrosos perfiles de un paisaje nuevo. A otros corresponderá descifrarlo. Gracias.

El intercambio epistolar entre San Martín y Lafond

Por la académica correspondiente DRA. BEATRÍZ BRAGONI

En las últimas décadas la renovación de la historia política y la entronización de la historia cultural hicieron de la literatura de viajes un insumo relevante de las historiografías de las independencias. Como bien sabemos, no se trata de un recurso novedoso para restituir las dimensiones subjetivas del atribulado y veloz proceso de descomposición del poder colonial en América, y el no menos violento y creativo trayecto de edificación republicana. La novedad en todo caso reside en los usos que suelen concurrir sobre esos registros o crónicas, con el fin de apreciar su eventual gravitación en las representaciones del pasado revolucionario.

En lo que atañe a la independencia sudamericana, la mayoría de los ejercicios de escritura estuvieron a cargo de militares europeos, y en menor medida norteamericanos, que prestaron servicios a los gobiernos patriotas luego de la debacle napoleónica, o bien estuvieron a cargo de misiones oficiales con propósitos políticos o comerciales. Aún teniendo en cuenta la diversidad de procedencias, y los diferentes objetivos perseguidos, el carácter testimonial de las obras cruzó el umbral de las atractivas oportunidades abiertas por el mercado editorial europeo, para convertirse en cantera de "verdad" entre el puñado de publicistas y escritores, que imbuidos del canon romántico, se prepararon a

narrar los avatares de las revoluciones de independencia con el fin de abonar el suelo de sensibilidades patrióticas de las flamantes repúblicas latinoamericanas.

El relato del marino francés Gabriel Lafond du Lurcy "Voyages autour du monde et naufrages célèbres", publicado en 1843/4, se inscribe en esa tradición literaria, y su importancia reside en que dio a conocer la versión atribuida a San Martín sobre las razones y circunstancias que habían gravitado en la decisión de abdicar el poder en Lima, y abandonar el teatro de la guerra en vísperas de afianzar la independencia. En particular, el argumento reposaba en una carta cursada por San Martín al Libertador del Norte el 29 de agosto de 1822, la cual enfatizaba, especialmente, la dificultad de reunir los ejércitos bajo un solo mando, omitía cualquier referencia a las ingenierías monárquicas que San Martín preveía para organizar los nuevos estados, y eludía las resistencias que la anexión de Guayaquil a la égida bolivariana había despertado entre las elites patriotas del norte peruano, de donde provenía el principal apoyo político del Protector. El hecho que Bolívar hubiera muerto en 1830 después de haberse pulverizado la aspiración de encumbrar la confederación de estados republicanos bajo sus pies, y que tampoco hubiera hecho pública la secreta conversación de 1822, daría





José de San Martín

lugar a intensas controversias sobre la autenticidad del documento, como de sus interpretaciones. En 1847, había sido Sarmiento quien en el discurso de recepción en el "Instituto Histórico de París" había recogido la famosa epístola que Juan Bautista Alberdi había traducido y publicado tres años atrás, como elemento de prueba para señalar los contrastes entre ambos Libertadores, y las desiguales derivas de las revoluciones del norte, y del sur. La circulación de la versión que ensombrecía la memoria bolivariana adquirió mayor resonancia en los años que siguieron a la muerte de San Martín. Y si el discreto homenaje realizado por Bernardo de Irigoyen en las páginas del "Archivo Americano" (1851) se haría eco del "desinterés" sanmartiniano que ya había sido ensalzado en el obituario que le dedicó su amigo francés, André Gerard, sería el testimonio de un ayudante de campo de Bolívar, el coronel Tomás Mosquera, quien traería a colación las preferencias monárquicas del venerable difunto como elemento disonante de las irreconciliables opciones políticas que gravitaron en la desventurada entrevista de 1822.

En las décadas siguientes, el progresivo rescate de la figura del héroe de Chacabuco y Maipú infligió un nuevo estadio a la legendaria controversia: mientras que en Santiago de Chile, la "Vida de San Martín", publicada por Vicuña Mackenna (1863), ofrecía evidencias de la manera en que el monarquismo sanmartiniano había terminado por esmerilar su capital político en Lima, los homenajes realizados en Buenos Aires al descubrirse la estatua ecuestre emplazada en el sitio del antiguo cuartel de granaderos, y la silueta biográfica escrita por Juan María Gutiérrez (1862), esquivaron hacerse cargo del dilema que obstruía cualquier narrativa capaz de enhebrarse con la tradición republicana. Los rituales cívicos celebrados con motivo de conmemorar el centenario del natalicio del Libertador, y el ceremonial fúnebre dispuesto en ocasión de la repatriación de las reliquias del Gran Capitán, dotarían de mayor visibilidad el enlace entre el legado sanmartiniano y las bases republicanas del nuevo país convirtiéndose en preludio



Gabriel Lafond du Lury

de la monumental narrativa con la que Mitre consagró la versión Lafond en zócalo primordial de la imagen del "desinterés" sanmartiniano frente a la ambición y personificación del poder de Bolívar.

En el cambio de siglo, el momento de los Centenarios latinoamericanos, y la institucionalización y profesionalización de la disciplina histórica en Argentina y Venezuela animaron la edición de colecciones documentales de la era de las independencias. En 1910, la Comisión Nacional del Centenario reunió en gruesos volúmenes la documentación de San Martín, e integró en uno de ellos la correspondencia que le dirigió Lafond, e idéntico tratamiento tuvo en la edición de 1911 que estuvo a cargo del Museo Histórico Nacional. En cambio, el rescate documental del general del Norte fue más tardío, y si bien algunos historiadores venezolanos se habían hecho eco de la polémica exhumando la correspondencia que Bolívar había dirigido a Sucre, la compilación dirigida por Vicente Lecuna (1929/30) ofreció testimonios confiables de la dificultad de conciliar el monarquismo de San Martín con el republicanismo bolivariano en la conformación del poder independiente.

En Argentina las réplicas no tardaron en aparecer. A esa altura, la figura de San Martín no sólo ocupaba la cúspide del panteón nacional, sino que había sido enaltecida por la liturgia oficial, y reactualizada en clave militar a raíz del protagonismo de las fuerzas armadas por lo que el Instituto Sanmartiniano había pasado a la órbita del Ministerio de Guerra, infligiendo un punto de inflexión perdurable al legado del general. La atmósfera conmemorativa del "Año del Libertador" llevaría a la apoteosis el culto sanmartiniano: para entonces, el régimen peronista descargó toda la maquinaria estatal para honrar su memoria y "movilizar la conciencia nacional", a través de un repertorio de iniciativas que se llevaron a cabo en cada rincón del país, y animó la edición de un nutrido corpus de publicaciones por parte de una pléyade de escritores e historiadores de filiaciones políticas muy variadas, aunque coaguladas todas por sensibilidades nacionalistas dispuestas a enaltecer



al Padre de la Patria. La entrevista de Guayaquil tuvo un lugar privilegiado en aquel catálogo, y el registro interpretativo preferido volvió a colocar la controversial epístola como depósito de verdad de las razones que primaron en la abdicación peruana de San Martín, y su posterior abandono del escenario sudamericano. Si la obra de Colombres Mármol (1940) había retomado el sensible tema del monarquismo, y el prólogo de Rómulo Carbia recomendaba matizar la versión "lírica" que Ricardo Rojas había ofrecido en "El santo de la espada" (1933) que circunscribía el dilema de Guayaquil al tema militar, la réplica del mismo Rojas, publicada en 1947, enfatizó dicho argumento para lo cual puso el acento en las conexiones de la correspondencia oficial con el fin de enhebrar argumentos verificables de las condiciones y motivaciones que pesaron en la decisión sanmartiniana. El recurso erudito también organizó el ensayo que Ricardo Levene dedicó al análisis sobre la autenticidad del documento, y si bien su apelación al "principio de orden técnico" invitaba a intensificar las pesquisas para resolver la fragilidad del testimonio, el tejido de verificaciones realizadas con el auxilio de documentación complementaria, estuvo lejos de alterar la filiación narrativa que conectaba a Lafond con Mitre.

El litigio sobre la naturaleza apócrifa o real de la famosa carta, dio lugar a la intervención de la Academia Nacional de la Historia (RA) que tramitó la controversia de manera sencilla: dictaminó por unanimidad la autenticidad del documento, y recomendó restringir la circulación de libros que la pusieran en duda. Una década más tarde, la polémica todavía tenía vigencia. En esos años, José Antonio Pérez Amuchástegui se hizo cargo de la controversia en un conocido texto que ameritó ser reseñado por algún joven historiador que se mostró satisfecho del tratamiento del célebre litigio. La contribución del historiador urgido por aplicar los protocolos actuales del saber histórico, puso en entredicho la autenticidad del documento como magma de la "tesis nacional" a propósito del enigma Guayaquil, y arriesgó conjeturas sobre las motivaciones políticas que pudieron haber pesado en San Martín para dejar fluir, y no desmentir, la versión Lafond.

Las recientes conmemoraciones de los Bicentenarios latinoamericanos reanimaron la polémica en Ecuador ante el hallazgo en un libro "Copiador" del asiento de la carta que Bolívar cursó a Sucre (29 de julio de 1822), y la breve nota de carácter reservado que la acompañaba, en la que había volcado opinión contraria a la pretensión sanmartiniana de instalar príncipes europeos a la cabeza de los estados americanos por ser "extraños a nuestra masa". Resulta sugestivo observar que si bien el suceso editorial se inscribió en un registro académico –fue publicado por la Universidad de los Andes, con advertencia de Enrique Ayala Mora- la justificación de la edición del secular expediente reactualizó el tema de la autenticidad del documento, atribuyendo el carácter apócrifo a la famosa epístola inscrita en la narrativa de Lafond.

Mi aproximación a este motivo clásico de la historiografía sanmartiniana propone dejar en suspenso los términos de esta discusión, y conjeturar, en su lugar, las razones que justificaron el intercambio epistolar entre San Martín y el marino francés. Para ello, creo conveniente reparar en el contexto en que la obra fue escrita que coincide o fue simultánea al giro valorativo de la figura de Bolívar la cual estuvo animada por una serie de iniciativas intelectuales, y la monumental liturgia pública dispuesta por el gobierno venezolano que culminó con la repatriación de sus restos desde Jamaica a Caracas en 1842. A ese acontecimiento –que difícilmente pudo haber pasado desapercibido para San Martín- resulta oportuno sumar la gravitación relativa de la red textual



Simón Bolívar

que ya formaba parte de las narrativas sobre el pasado revolucionario, y el no menos indicativo, aunque mucho más discreto, rescate de su propia figura por parte del influyente círculo de románticos argentinos enrolados en la empresa de construir una identidad y cultura nacional. Del cotejo entre la restitución del contexto en que la obra de Lafond fue escrita y ganó difusión, y la opción de San Martín de acceder a los pedidos del escritor, emanan evidencias firmes del arbitrio sanmartiniano sobre su legado político el cual resultó despojado de sus frustradas preferencias monárquicas en el curso de su "ostracismo voluntario".

Luego de abandonar sus estudios en un liceo francés de provincia, Gabriel Lafond du Lurcy (1801-1876) se enroló muy joven, a los 17 años, en los navíos mercantes que conectaban las rutas del comercio intercolonial del Pacífico. De la India pasó a Manila, y de allí viajó a Acapulco para fondear más tarde en el Guayaquil ya independiente, y embarcarse en las expediciones corsarias que por vías fluviales contribuyeron al éxito de las huestes bolivarianas en Carabobo (24 de junio 1821), la cual cedió paso a la anexión de Guayaquil a



la Gran Colombia. Al regresar a Francia, en 1838, fijó residencia en París donde contrajo matrimonio, y se abocó a capitalizar su experiencia en Asia, Oceanía y América en vistas al creciente interés que despertaba el acontecimiento que había pulverizado el orbe imperial hispánico en el Nuevo Mundo, y las no menos atractivas oportunidades de negocios que ofrecían sus gobiernos y constituciones para colocar a las nuevas naciones en el sendero de la "civilización" y el "progreso".

Para cuando Lafond se embarcó en la empresa editorial, la literatura de viajes y las crónicas o memorias referidas a las independencias constituían un género consagrado que contaba con un aceptable catálogo de obras publicadas en Europa. Con pocas excepciones, ningún memorialista había pasado por alto las cualidades militares (y políticas) de San Martín, y quienes protagonizaron la campaña al Perú y observaron la edificación y colapso del Protectorado, difícilmente pudieron eludir hacer referencia al "curiosísimo acontecimiento histórico" que, como señaló el capitán escocés Basil Hall en 1824, representaba "su deserción a la causa independiente en momentos de gran peligro y vacilación". (Hall 182-184).

De igual modo, la inesperada decisión de 1822 había abonado la agenda de sus adversarios en las disueltas Provincias del Río de la Plata, Chile y Perú por lo que quien había sido su ministro, y había sido comisionado por el Consejo de Estado del Protectorado para gestionar en Europa un príncipe que estuviera a la cabeza de la pirámide institucional peruana, el colombiano Juan García del Río, creyó conveniente poner su pluma al servicio de un escrito justificatorio del accionar del desprestigiado general. A esa convicción arribó luego de haber apreciado en Santiago de Chile, los "chismes y cuentos" que oscurecían el desempeño del todavía Protector por lo que le solicitó el envío de algunas notas sobre su vida y un retrato para ilustrar la pieza biográfica que publicó en Londres en 1823. García del Río eludió hacerse cargo de la autoría, y prefirió hacerlo bajo el seudónimo de Ricardo Gual y Jaén, y si bien no es fácil restituir los circuitos que favorecieron su lectura, lo cierto es que San Martín supo cuando aún permanecía en Mendoza sin ánimo suficiente para cruzar las pampas, que había sido leída en Lima, y que incluso Bolívar había emitido opinión sobre su conducta pública.

El epígrafe utilizado por el biógrafo —«La gloria es más sólida después de la calumnia», del dramaturgo francés Corveille— hizo explícito el propósito perseguido. Y el ejercicio narrativo seleccionó acontecimientos e interpretaciones de honda significación del trayecto revolucionario del biografado. En particular, García del Río subrayó su origen americano («nacido en Yapeyú»); destacó el virtuosismo militar y cívico señalando que dichas cualidades le habían permitido sobrellevar las desventuras de Cancha Rayada y restablecer «la confianza pública» para sellar en Maipú «la independencia de Chile y Buenos Aires» como



Antonio José de Sucre

condición básica del ingreso a Lima; adujo también que la desobediencia de San Martín al gobierno de Buenos Aires (1820) fue una decisión «involuntaria» porque la guerra contra los "anarquistas" y el chileno Carrera le habían impedido dirigir el ejército; y argumentó que las gestiones llevadas a cabo con los generales realistas que preveían la aceptación de integrar la monarquía española habían constituido sólo una estrategia dilatoria destinada a mejorar las condiciones independentistas. Al final del relato, y sin hacer referencia alguna del plan monárquico por el cual había sido comisionado a las Cortes europeas, el biógrafo confiaba que solamente en el futuro la calumnia cedería terreno a favor del justo juicio sobre «el salvador de las provincias del Río de la Plata, el libertador de Chile y el defensor de América».

Entretanto, la preocupación (u obsesión) de San Martín por preservar su reputación patriótica, lo condujo a organizar y clasificar su archivo personal. Tal decisión la transmitió a Tomás Guido, en 1826, al retomar la correspondencia interrumpida luego de haber emprendido el regreso a Europa. Después de apelar a una cita de Lebrun relativa a la muerte, la memoria y la gloria, escribió: «He trabajado dos años consecutivos en hacer extractos y arreglar documentos que acrediten no mi justificación pero sí los hechos y motivos sobre los que se ha fundado mi conducta en el tiempo que he tenido la desgracia de ser hombre público».

Esa amarga confesión no sólo explicaría el frustrado intento de encolumnarse en la guerra que el gobierno rioplatense libraba contra el Brasil, sino que alimentaría la decisión de reanudar contactos con sus antiguos camaradas convertidos en cronistas del pasado revolucionario. Antes de emprender el último viaje que haría a Buenos Aires, en 1828, y advertido de la debacle política bolivariana en el sub-continente, San Martín visitó al general Miller en Londres, respondió con cuidado el cuestionario que aquel le solicitó y posó ante



el litógrafo Jean B. Madou para ilustrar las Memorias publicadas en 1829. Pero la inquietud por ofrecer su testimonio no constituía un hecho aislado ni de la red de textos dedicados a historiar su trayecto sudamericano, ni tampoco de las narrativas que ofrecían referencias sobre las ingenierías monárquicas que habían integrado la agenda de la conferencia de Guayaquil.

En esos años, ya había ganado difusión la Historia de la Revolución de la República de Colombia (1828), escrita por José Manuel Restrepo que instalaba el carácter secreto e indocumentado de la entrevista, y un año después, el mismo Bolívar había dejado testimonio de la debacle peruana y del ejército que siguió a su partida sin consignar referencia alguna sobre el accionar de San Martín. Pero si esas versiones podían no haber estado al alcance de su plan de lecturas, el suceso editorial de la obra de Mariano Torrente, Historia de la revolución en Hispanoamérica, publicada en Madrid en 1830, colocaba en un cono de sombras el desempeño del “caudillo” al describir la impericia en la dirección de la guerra que disparó la defección de los jefes del ejército y de la escuadra naval, como también la manera en que el monarquismo que había imaginado para Perú, Chile, Colombia y que incluía al Río de la Plata, había terminado por carcomer los cimientos de su prestigio mucho más allá de Lima.

El relato de Miller, en cambio, rendiría tributo al perfil austero, moderado y estratégico del general del sur. La semblanza provenía de los años guerreros compartidos, del amable intercambio epistolar mantenido y del detallado cuestionario que le cursó, aunque San Martín depositó en la experiencia del propio Miller, el balance y los resultados de los sucesos peruanos no sin antes consignar que las condiciones imperantes en Chile previas a la partida de la expedición, habían afectado el desempeño de la escuadra naval y de las tropas. No obstante, el argumento del cronista sobre las preferencias políticas de San Martín en aquel contexto fue mucho más explícito: en la breve silueta biográfica que colocó al concluir el capítulo referido a Lima, el narrador que había recibido al general en su casa, y que había tenido la deferencia de visitar a su madre en Canterbury, no omitió consignar las preferencias monárquicas constitucionales de San Martín aunque destacó que “sus principios eran republicanos”. Para luego expresar: “pero es la opinión decidida de cuantos se hallaron en el caso de poderla formar correctamente, que jamás tuvo la menor idea de colocar la corona en sus sienes, aunque se cree que habría ayudado gustoso a un príncipe de sangre real, a subir al trono del Perú”.

Pero ni el recaudo narrativo a través del cual Miller había asociado monarquía y república, ni menos aún el “silencio público” del general del sur fue suficiente para frenar la impugnación sobre su pasado monárquico. Al promediar los años treinta, la persistencia de esas opiniones o “calumnias” mantenían plena vigencia, especialmente, en el ambiente de los diplomáticos sudamericanos que

gestionaban el reconocimiento de la independencia por parte de España. En 1834 los rumores que San Martín había realizado un viaje secreto a Madrid, gracias a la proximidad de su amigo y mecenas Alejandro Aguado, habían circulado entre París y Londres, dando origen a un ríspido intercambio epistolar con Manuel Moreno. La furia sanmartiniana se volcó en la correspondencia que dirigió a Tomás Guido, y allí consignó, una vez más, que se trataba de acusaciones que perseguían enturbiar los “once años” que había servido a la Revolución.

Las escuetas referencias sobre las conferencias de Guayaquil constituyeron para Lafond un estímulo a la hora de diseñar su empresa editorial. Ante todo, a los ojos del francés que había recorrido el circuito marítimo del Pacífico, e integrado el séquito de oficiales franceses que habían confluído en la “pequeña república” de Guayaquil, las interpretaciones ofrecidas por William Bennet Stevenson (1825, y traducida al francés en 1832), Baralt e incluso Miller, le resultaban poco satisfactorias por lo que una vez radicado en París, acarició la idea de establecer contactos con San Martín para dotar de mayor y mejor información la campaña al Perú, y de la todavía indocumentada entrevista de los Libertadores de 1822.

El hecho que San Martín hubiera sobrevivido a Bolívar, la común residencia en París, el aceptable manejo por parte de ambos del castellano y el francés, y las proximidades de las familias, animadas por la amistad de su esposa con Mercedes San Martín de Balcarce, constituían insumos y condiciones inmejorables para “remontar a las fuentes mismas”, y ofrecer un relato que reuniera requisitos de verosimilitud aceptables a una obra que se proponía deleitar a los lectores con las “voces” de sus propios actores. “No le ocultaré – le escribía en 1839– que busco la verdad y la verdad enteramente y como Usted es el único que puede proporcionarme los documentos que me faltan, para encontrarla, me dirijo a Ud. con confianza”.

El intercambio epistolar se prolongó a lo largo de ocho años: en ese lapso, Lafond le transmitió los objetivos que perseguía, el grado de avance del manuscrito y las expectativas depositadas en la obra que prometía rescatar el “carácter noble y desinteresado” del “único hombre en el mundo” sobreviviente de aquel formidable acontecimiento. Por consiguiente, la oportunidad editorial y el declarado entusiasmo del publicista, se convertían en incentivo primordial, aunque no exclusivo, de la aceptación de San Martín de conceder atención periódica al escritor.

En efecto, el pulso de la correspondencia aporta huellas valiosas de algunas razones adicionales que pudieron haberla favorecido. En particular, la empresa intelectual en ciernes permitía enlazar una comunidad de recuerdos sobre el pasado revolucionario, abonar el suelo reivindicativo que tímidamente se asomaba en las repúblicas latinoamericanas – Lafond anotó el

homenaje dedicado por el presidente Bulnes a San Martín en 1842-, y propiciar, incluso, el reconocimiento de las trayectorias militares por fuera de las esferas gubernamentales latinoamericanas. A propósito de ello, el general supo a través de Lafond, el curso de



Tomás Guido

las gestiones llevadas a cabo ante el gobierno francés de hacer valer las distinciones militares cosechadas en América que incluyeron las entonces cuestionadas "Órdenes del Sol" que San Martín y su círculo habían instituido en 1821, con la falsa ilusión de crear los linajes aristocráticos que sostendrían el edificio institucional peruano. Dicho aspecto, es decir, el reconocimiento del Estado francés no había constituido un tema menor para el general sudamericano durante su prolongada, y muy apreciada residencia en París: en 1838 había asistido a la tertulia diplomática que había tenido como anfitrión al mismísimo rey Luis Felipe y la familia real en el palacio de las Tullerías, a la cual prefirió asistir vistiendo el uniforme militar peruano y portando la espada que había usado en Maipú. Según el testimonio aportado por uno de los ilustres invitados al evento, el chileno José de la Barra (que había sido edecán en Maipú), el ministro del rey de Francia dijo al saludarlo: "tengo un vivísimo placer en estrechar la diestra de un héroe como vos; general San Martín creedme que el Rey Luis Felipe conserva por vos la misma amistad y admiración que el duque de Orleans. Me congratulo que seáis huésped de la Francia y que en este país libre encontréis el reposo después de tantos laureles".

De igual modo, el fluido registro de escritura de la obra que San Martín apreció al leer los folletines que integrarían el primer volumen, editados en 1840, pudo haber constituido un estímulo adicional dado que difería de la literatura de viajes que había integrado el repertorio de obras que había donado a la biblioteca de Lima en

cuanto ampliaba la escala geográfica de los viajes, e incluía atractivas ilustraciones en colores, que daría lugar a la famosa imagen que evoca el encuentro de Guayaquil [pags. 80-81]-. Tales cualidades se veían fortalecidas ante el rotundo éxito de ventas por lo que el editor calculaba imprimir 40.000 ejemplares en las siguientes (!). En la carta que le cursó Lafond en 1841, cuando preparaba el tomo en el que incluiría la famosa epístola, no había ahorrado entusiasmo sobre el alcance de la obra y su eventual difusión: "escribiré la guerra de independencia, mandaré mi libro a todas las academias y quiero que su obra resplandezca; pues usted ha sido el organizador y el primer soldado de la América española".

Ahora bien, si la posibilidad de suministrar notas o comentarios sobre los sucesos peruanos podía representar para San Martín una oportunidad razonable para realzar su "conducta pública", y morigerar las opacas versiones aportadas por los memorialistas ingleses, su decisión de acceder a los pedidos del narrador no resultaría del todo independiente de la creciente expectabilidad, o "fama", de la que estaba siendo objeto la figura de Bolívar.

El 17 de diciembre de 1842 los restos del Libertador del Norte habían sido repatriados a Caracas en el marco de rituales funerarios semejantes a los realizados dos años antes cuando las reliquias de Napoleón I fueron conducidas por las calles de París en medio de multitudinarias y fervientes manifestaciones populares. En rigor, el rescate de la figura de Bolívar en ambos mundos se remontaba a la década anterior. Ya en 1831, y para sorpresa de algunos, su muerte no había dado lugar a ningún rescate oficial en París, aunque fue rescatada por el recoleto mundillo de publicistas interesados en preservar la irradiación universal de los preceptos napoleónicos, por lo que Emile de Bonnechose puso su pluma al servicio de honrar su memoria en un breve opúsculo en el que trazó un "justo" paralelo entre Napoleón y el héroe americano. De manera simultánea, y al otro lado del océano, más precisamente en Bucaramanga, su médico de cabecera, también francés, dio a conocer en entregas periódicas varios registros del estado de salud previa a su muerte.

Vale recordar que Bolívar había muerto lejos de su patria, asistido por muy pocos amigos, y había sido sepultado en la Catedral de Santa Marta vestido, según las crónicas, con una camisa de batista corroída del último cacique de Mamatoro, en medio de la atención y congoja de quienes presenciaron el desfile de la carroza que conducía el féretro. La noticia se había difundido a velocidad de rayo desde Jamaica al continente aunque el informe oficial, confeccionado por el gobernador de Maracaibo, había celebrado el deceso de quien calificó como "genio del mal, tea de la discordia, o mejor dicho, el opresor de su Patria". No obstante, seis años después dichas valoraciones cayeron en completo desuso en función de su enorme potencial como recurso de afirmación patriótica





frente a las exigencias fundacionales republicanas, por lo que el gobierno liderado por el presidente Soublette (su antiguo subalterno) elevó al Congreso el proyecto de repatriación de sus restos, en sintonía con los pedidos de su familia, y las repercusiones locales de los fastos funerarios de Napoleón que habían tenido lugar en París en 1840. El ceremonial cívico realizado en Caracas, costado por el Tesoro nacional, incluyó los rituales públicos habituales: se estableció luto oficial por una semana, se le rindieron honores de capitán general, y todas las capitales de provincia debían replicar ceremonias en el territorio nacional; las cenizas serían depositadas en la Iglesia metropolitana en un modesto panteón, y se colocaría una efigie del Libertador en los salones del Congreso, y en la sede del Poder Ejecutivo. Con todo, y como ha sido señalado por la literatura especializada, el ceremonial fúnebre dedicado al “primer caudillo de la independencia sudamericana, y fundador de tres repúblicas”, se convertía en piedra de toque de la agenda de las dirigencias venezolanas para refundar la república, y poner fin a la división de partidos.

Aunque no existan evidencias que permitan apreciar las impresiones de San Martín sobre la monumentalidad de tales rituales fúnebres, resulta poco probable imaginar que le hubieran resultado indiferentes. A esa altura, todavía alternaba su residencia entre París, y Grand Bourg, frecuentaba tertulias diplomáticas, cafés y teatros; estaba al tanto de la política sudamericana (y continental); mantenía correspondencia con muy pocos guerreros de la independencia cuya amistad había fortalecido durante los años de su ostracismo voluntario; volcaba reflexiones sobre los desafíos que el nuevo ciclo de expansión imperial europea imponía a las repúblicas hispanoamericanas, y no dudaba en expresar su malestar ante las manifestaciones de descontento popular que ponían en riesgo el orden social en Europa. “Nada diré a Ud. de la situación de este continente – confesó a Guido en 1848- la Europa actual es un caos”.

Pero si las fuentes disponibles son aún insuficientes para postular algún tipo de apreciación valorativa (o de rechazo) de tales homenajes, las mismas no parecen haber sido ajenas al discreto repertorio de iniciativas que modeló, en los últimos años de su vida, la firme convicción de preservar su honor y reputación patriótica por la que habría bregado en el curso de su fugaz y estelar trayecto revolucionario. En 1844 San Martín labró su testamento y allí estableció un punto de contacto y de diferenciación con su respetado rival: prohibió la realización de “ningún género de funeral”, adujo que su deseo era que su “corazón” descansara en Buenos Aires, ordenó entregar el estandarte de Pizarro al Perú, y legó su sable a Rosas. Pero ese acto íntimo cargado de signos políticos no era ajeno al clima de evocación que rescataría su legado, y realizaría el montaje del sustrato simbólico del edificio republicano surgido de los despojos del imperio español.

Para entonces, la versión real (o imaginaria) del Libertador del sur inscrita en la narrativa del marino francés adquirió mayor impacto al abandonar el idioma original en el que se había editado, y ser publicada en 1844 por Juan Bautista Alberdi. Como bien sabemos, la iniciativa alberdiana que hacía suya la versión ofrecida por Lafond, fue recogida por Domingo F. Sarmiento quien luego de dialogar con “ese monumento viviente” en su residencia campestre de Grand-Bourg (1846), retomó el pasaje del encuentro de los Libertadores en su discurso de recepción en el Instituto Histórico de París (1847), y que al año siguiente publicó en Valparaíso. En su visita a aquel pasado, Sarmiento no solo trazaría un contrapunto entre los diferentes estilos militares de ambos Libertadores, sino que bosquejaría, por medio de ellos, los contrastes que distinguían la revolución del norte de la del sur, y avanzaría decididamente a cuestionar el modelo monocrático-constitucional bolivariano en beneficio de la matriz republicana-democrática —y no de «conquista»— de la revolución rioplatense.

Pero si las iniciativas de Alberdi y de Sarmiento podían responder a las urgencias de coyuntura que les exigía refutar el sistema autocrático liderado por Juan Manuel de Rosas, el velo de olvido sobre el “enigma” que había conducido a San Martín a abandonar el teatro de guerra americano, y en especial, la sostenida convicción que la monarquía constitucional representaba la fórmula política más conveniente para resolver el pasaje entre el viejo orden y el nuevo, no procedería de intervenciones ajenas a su voluntad, ni tampoco de las realizadas por su círculo íntimo.

En los años transcurridos entre la primera y la última carta de Lafond, el anciano general siguió con atención el éxito de ventas del libro; estuvo al tanto de las novedades editoriales que en Europa daban a conocer las “memorias” de los generales “ayacuchos” (en particular, la escrita por García Camba) las cuales ofrecían versiones sobre los desaciertos políticos peruanos, y subrayaban el doble fracaso de haber pretendido “poner coto a las ideas republicanas” y crear un imperio en la América del sur; a su vez, en esos años, recibió frecuentes visitas del mundillo de publicistas y representantes consulares sudamericanos en el Viejo Mundo, y a través de ellos supo de la discreta red de homenajes realizados en Montevideo, Santiago de Chile y Lima.

En ese lapso, el general también dispuso a su descendencia legar su correspondencia a un historiador para que sirviera de esqueleto erudito de la historia de medio continente. Y si bien la voluntad de San Martín quedó en suspenso hasta que finalmente su nieta cedió el valioso archivo a Bartolomé Mitre, la certeza de que sus papeles personales brindarían evidencias suficientes para escribir una historia de la independencia americana había hecho confesarle a Sarmiento en 1846: «tengo escrito, mis papeles están en orden».

Esa atmósfera conmemorativa en la que el tiempo presente convertía el pasado revolucionario en fragua de las mitologías nacionales, sería la que lo incitaría a escribir, en primera persona, las principales notas justificatorias de su vida pública. Para hacerlo recurrió al género que mejor conocía, el epistolar, y tuvo como destinatario al presidente del Perú, el mariscal Ramón



Ramón Castilla

Castilla, con quien había intercambiado opiniones sobre el dramático saldo de las guerras que sucedieron a las independencias. Allí consignó que la política seguida en su periplo libertador había dependido más de «la suerte y las circunstancias» que del «cálculo», y se había basado en «dos puntos»: eludir mezclarse en la lucha de partidos en Buenos Aires y «mirar» a los estados americanos como «estados hermanos» —o independientes— sin apelar a la fuerza militar como herramienta de «conquista». Ese doble argumento, que erigía su vocación independentista por sobre algún interés de arbitrar la política de los nuevos estados, y que recogía la experiencia republicana posterior de las naciones que había contribuido a formar, le permitía recapitular las condiciones que lo llevaron a abandonar el teatro peruano sin haber concluido la empresa libertaria, a sabiendas de afectar «su honor y reputación». Como no podría ser de otro modo, allí aludió a la entrevista que mantuvo con su respetado rival en Guayaquil de la que consignó tan sólo la dificultad de unificar los mandos militares a pesar del sincero ofrecimiento de ponerse bajo las órdenes del general del norte, y el doble sacrificio que representó tener que abandonar el teatro americano y el «silencio público absoluto» autoimpuesto ante semejante determinación.

Por cierto, la también memorable carta dirigida al mariscal Ramón Castilla en 1846, publicada décadas más tarde en la «Opinión de Lima» (1878), constituye una pieza documental vertebradora sobre la cual la historiografía sanmartiniana hace descansar el

núcleo duro de su testamento público. Pero ese ejercicio de memoria política, como todo acto de memoria, resultaba necesariamente selectivo o incompleto restringiendo el legado al vector militar e independentista del Libertador americano.

Al momento de su muerte, esa clave interpretativa autobiográfica tendiente a cincelar su imagen pública, quedaría parcialmente impresa en la noticia necrológica que le dedicó su confidente y amigo francés, André Gérard, quien en sintonía con la lectura sarmientina (y argentina) volvió a oponer su figura a la Bolívar realizando el papel de las dotes guerreras del venerable difunto, y subrayando lo que sería una constante en el contraste de su imagen con la del Libertador del Norte: el de haber puesto su «genio político» al servicio de la independencia declinando toda aspiración de anteponer el interés personal al trayecto de la revolución republicana.

Al iniciar mi disertación aduje que la nueva agenda de la historia política y la historia cultural, habían revalorizado las tempranas narrativas sobre las independencias, y que sus abordajes actuales recomiendan postergar lecturas unidireccionales atendiendo a la restitución de los contextos, sociabilidades e intercambios que vigorizaron aquellas representaciones del pasado revolucionario. El uso un tanto libre de tales convenciones expuesto en esta visita a uno de los motivos clásicos de la historiografía de independencia hispanoamericana, ha permitido atribuir a San Martín un papel activo en la preservación de su reputación patriótica, y en la deliberada omisión u olvido de su pasado monárquico. Y si bien, como sugirió Tulio Halperín, tal intervención obedecía a una particular concepción de la historia y de la política, la misma no resultaría independiente del rescate de la memoria bolivariana en América y en Europa, y la no menos indicativa valoración de su propio protagonismo por parte de la galaxia de letrados y publicistas que depositaron en el legado político del anciano general sobreviviente de las guerras de independencia, un recurso formidable de cohesión simbólica de la nacionalidad argentina. Pero el pasado monárquico del héroe de la libertad americana difícilmente podía operar de manera favorable en la fabricación del «mito nacional» por lo que la versión ofrecida por Lafond, y que San Martín nunca refutó o corrigió, reunía requisitos más que suficientes para ser aceptada y difundida como depósito de verdad de las razones que lo condujeron a abandonar Perú, y legar en Bolívar el fin de la guerra. Esa lectura basada en el «desinterés» hallaría mayor estilización historiográfica en la obra de Mitre (1887) en la cual abreviarían todas las liturgias oficiales argentinas desde el siglo XIX a la actualidad, y sería recogida incluso en la ficción borgeana del siguiente modo: «La entrevista de Guayaquil, en la que el general San Martín renunció a la mera ambición y dejó el destino de América en manos de Bolívar, es también un enigma que puede merecer el estudio».



El complejo portuario rioplatense durante la dominación hispana y su crisis

Por el académico correspondiente DR. FERNANDO JUMAR

El conjunto de preguntas que guían mis investigaciones se relacionan con el análisis de la formación del Estado nacional argentino en una duración que incluye los Tiempos Modernos, estudiados a su vez como algo en sí y no ya como una larga transición. Ante la variada oferta de perspectivas teóricas existentes para enmarcar la profesión y aunque intento contemplar todas las variables de lo social, privilegio los enfoques que tienen en cuenta los factores económicos, vistos como la puesta al desnudo de las intenciones profundas de los sujetos históricos en acción. Lo económico, no es necesario argumentar ante ustedes, revela lo que las personas queremos, pero más usualmente tenemos que hacer para subsistir, y lo que hacen aquellas que una vez que superaron ese escalón se puedan lanzar a la aventura de alcanzar metas mayores, que por lo que vemos los historiadores, siempre se logran por el establecimiento de relaciones de dominación de unos sobre otros. Relaciones exteriorizadas en cada tiempo histórico en entramados institucionales e ideológicos que logran, como por arte del encanto, que los dominados durante largos períodos de tiempo, aceptemos y agradezcamos la dominación, y que inclusive, llegado el caso, hagamos el sacrificio de la vida, ayer en nombre de Dios y el Rey, hoy en el de la Patria y mañana, cuando haya cambiado una vez más el sistema de dominación, como vienen cambiando desde que tenemos noticias, vaya a saber uno en nombre de qué.

El aporte al que aludí al comenzar es la idea de que abordar el estudio de ambas bandas del Río de la Plata de modo integral durante la sujeción al dominio peninsular abre posibilidades explicativas y suma, desde otro ángulo, respuestas a viejas preguntas. Como pueden ser las preguntas relacionadas con las características de la economía rioplatense durante el Antiguo Régimen, lo que estaba en juego allí para propios y extraños, o la relación entre lo económico y los intereses que logran expresarse políticamente dentro del entramado de poderes policéntricos y parcialmente yuxtapuestos que componían la Monarquía Española. Ello derivó, sin querer, en el establecimiento de un punto de partida levemente distinto al más usualmente utilizado en las explicaciones provistas para el proceso en que toman forma juntos tras 1810, tanto nuestro Estado como la Nación que lo sustenta.

Dedicaré un tiempo de esta intervención a la definición del punto de vista que me lleva pensar que la historia de la formación, esplendor, crisis y disolución de un

complejo portuario que articuló ambas bandas del Río de la Plata en una única región ofrece claves interesantes para acercarse al problema de la formación del Estado-nación, al tiempo que muestra de otro modo la sociedad regional durante los Tiempos Modernos. En segundo lugar, sintetizaré el estado actual de lo que sabemos o creemos saber junto a los investigadores con quienes llevo adelante las tareas de investigación en las universidades nacionales de Tres de Febrero y de La Plata, mis alumnos actuales y quienes ya son doctores, para con quienes tengo también una deuda de gratitud por permitirme acompañarlos, junto a Silvia Mallo, en el proceso que los lleva a descubrir su propia voz.

De modo que voy a exponer algo de conocimiento consolidado, emergente del reordenamiento de informaciones recogidas de la bibliografía y algunas generadas por nosotros, lo que deriva en muchas hipótesis de trabajo con las que estamos intentado formalizar un modelo explicativo.

El punto de vista con que abordo el problema se construyó bajo la influencia de la historia económico-social à la française, originalmente sin mayores pretensiones que la de encarar el estudio del comercio ultramarino rioplatense entre fines del siglo XVII y la creación del Virreinato del Río de la Plata, teniendo presente una recomendación de Samuel Amaral sobre que si me dedicaba el tema, era necesario incorporar más niveles de análisis en torno a la historia de Colonia del Sacramento en manos portuguesas. Ciertamente, el comercio ultramarino rioplatense y Colonia del Sacramento habían recibido atención, mucha atención. Desde el nacimiento mismo de la historiografía científica argentina, ya que como sabemos, Bartolomé Mitre, en su Historia de Belgrano... les brinda papeles destacados en las explicaciones que aporta al esclarecimiento del proceso que llevó a la Revolución de Mayo.

Como saben mejor que yo, Mitre coloca el eje de lo que llevó a los americanos al cambio de mentalidad que a su vez los llevó a la independencia, en una búsqueda innata por las vías que llevasen al liberalismo, desde mucho antes de que comenzara a tomar forma como cuerpo de doctrina. Por ejemplo, los cabildos, son en su historia organismos en los que se expresaba una "democracia genial", siendo lo genial no una adjetivación positiva, sino la definición una característica del "genio", de la "identidad primaria" diríamos hoy. El contrabando es entendido como justa desobediencia a una ley





Buenos Aires y el río en 1810

injusta, y conduce a una revolución económica que antecede y prepara la revolución política. Como se ve por los trabajos de Marta Poggi, es la "lucha por el libre comercio", que figuraba en nuestros manuales escolares como una de las "causas internas" de la Revolución. Colonia del Sacramento forma parte del proceso, es el nido de los contrabandistas en el siglo XVIII y, naturalmente, aparece en primer plano en la creación del Virreinato del Río de la Plata, hecho explicado como un momento de condensación de tendencias en un tiempo histórico que se acelera y en el que se redefinen, bajo el influjo de la coyuntura, un conjunto de variables que llevan a buen término la larga gestación de una nación que toma consciencia de sí misma, y al hacerlo, busca su independencia.

La explicación en conjunto fue sometida a diversos análisis, inclusive reformulada y parcialmente rechazada por aportes posteriores, basados en otras metodologías y otros puntos de vista que el suyo. No es mi intención hacer el balance ahora, pero sí señalar que en todas las derivaciones, por derecha, izquierda o centro, quedó intacta la preeminencia del comercio en el proceso y de sus actores en la vida local.

Al iniciar el posgrado en Francia en 1987 recibí de lleno el impacto de una renovación de los estudios sobre los Tiempos Modernos derivada de la puesta en relación de la historia, la memoria y la construcción y reproducción de las identidades nacionales.

Las preguntas que generaban esos estudios para la historia europea, aplicadas a la historia hispanoamericana, invitaban, entre otras cosas, a preguntarse a su vez si introducía distorsiones retrotraer en el tiempo para los análisis, a los

tiempos de la dominación hispana del continente, la territorialidad de los estados-nación que algún día comenzaron a ser. En ello encontré ecos de propuestas hechas por Assadourian antes de que se lo preguntaran los modernistas de los años 1980 y que están en la base de las reflexiones que lo llevaron a formular su espacio peruano en 1972.

Pero las preguntas de los modernistas también invitaban a interrogarse sobre el marco teórico general con que se aborda la explicación del lugar de América en la Monarquía Española y las características del sistema de dominación, preguntas que de inmediato entendí ya que en la carrera de grado había sido acercado a las respuestas que se daban a través de los estudios relacionados con el derecho indiano. Pero, y si a pesar de lo que sostenía la gran mayoría de la historiografía, nacional e internacional, Las Indias no eran colonias, ¿no eran colonias por los motivos dados por Ricardo Levene o la explicación es otra? Y si no eran colonias, ¿qué eran? Y además, ¿de qué hablamos cuando usamos 'colonia' como categoría analítica?.

Felizmente, en la actualidad hay por lo menos tres densas redes de especialistas en los tiempos modernos hispánicos e hispanoamericanos que abordan la cuestión, y contamos con diversas respuestas en formación.

Pero en su momento, al leer y re-leer la bibliografía desde las preguntas y la mirada que se estaba conformando a partir de los interrogantes hechos a los macro-relatos existentes, noté que en los estudios sobre el comercio, tanto la historiografía argentina como la uruguaya habían hecho del Río de la Plata una frontera internacional desde que llegó



Solís, lo que llevaba a separar antes de tiempo la historia de sociedades que se construyeron juntas. También, que Colonia del Sacramento era analizada principalmente en función de su papel en las disputas inter-imperiales y como foco de contrabando, pero que poco y nada sabíamos de ella desde adentro y que, posiblemente, fuese algo más que un nido de contrabandistas, como pude demostrar y sobre todo refinar desde que se inició la colaboración con Isabel Paredes para entender qué estaba realmente en juego allí para la sociedad local.

Así, la primera pregunta concreta que me hice fue desde cuándo el Río de la Plata es realmente una frontera internacional y sin proponérmelo, mi primer objetivo que era analizar el comercio rioplatense en el siglo XVIII pre-virreinal, se entroncó con el de la formación del Estado-nación.

Si el río podía no haber sido una frontera entre la Argentina "colonial" y el Uruguay "colonial", entonces ¿era un vector de integración? Pero, ¿de qué?.

Al volver los ojos al Río de la Plata y sus flujos mercantiles, mirando el río como un factor de unión y no ya como una frontera, y pensando Colonia del Sacramento como parte de la trama interna de la vida local, vi aparecer ante mis ojos lo que llamé el complejo portuario rioplatense. De paso, el río, se había convertido en mi Méditerranée... No tendría que abordar la historia de cada una de sus bandas por separado en tiempos de la sujeción a las coronas ibéricas, sino que se trataba de una sola historia, la de la región Río de la Plata en los Tiempos Modernos. Para la búsqueda de los contornos y características generales de lo que podría ser esa región Río de la Plata, integradora de las dos bandas del río, a través de los textos de Carlos Sempat Assadourian relacionados con el espacio peruano, llegué a los trabajos del economista François Perroux de los años 1950 y sus propuestas en torno a los espacios económicos, que tanto éxito tuvieron en las políticas desarrollistas de los años 1960.

Los espacios económicos de Perroux, ya no pensados con los fines a futuro con que fueron concebidos, sino convertidos en herramientas del análisis histórico, permiten formular modelos analíticos en los que la observación se realiza desde la circulación mercantil, con el objetivo de llegar al mundo de la producción y a la esfera de la organización institucional del sistema de dominación.

La reflexión teórica y metodológica emprendida a partir tanto de los trabajos de Assadourian como de Perroux llevan a que el primer paso sea definir, sobre la base de la determinación de lo que pueden ser circuitos de comercialización interna de proximidad, lo que se llaman espacios económicos homogéneos. También, detectar las actividades productivas que los estructuran hacia dentro y que los ponen en

relación con otros espacios económicos a través de la circulación. Mi único agregado a este esquema, es que para completar el cuadro de las economías regionales y sus relaciones con otras, había que sumar a la consideración de la acción fiscalizadora de la Corona en tanto que depredadora, su papel como agente dinamizador, a través del gasto realizado para el sostenimiento de los aparatos burocráticos, judiciales, religiosos y militares del sistema de dominación.

El segundo paso, es ver cómo esos espacios homogéneos se relacionan con otros. Cada espacio homogéneo tiene sus actividades productivas y puede ser que la actividad productiva dominante de uno de ellos genere efectos de arrastre sobre otros espacios, instalándose complementariedades que conducen a procesos de integración. Cuando eso pasa, surgen los espacios económicos polarizados, que según sea la intensidad de las relaciones que se tejan detrás de las económicas, pueden llegar a coadyuvar en la definición o redefinición de las relaciones políticas e institucionales entre ellos. Mi único aporte a este esquema, es que si se considera este análisis para las sociedades americanas, hay que mantener la coherencia de la mirada y pensar en cómo se relacionan los espacios económicos americanos con los extra-americanos, y no relacionarlos con economías nacionales como se solía hacer. Una derivación es considerar los tratos ultramarinos americanos por dentro de la Carrera de Indias en tanto que fenómenos de circulación interna a gran distancia y no ya como comercio colonial.

En función de ese esquema, reordenando la información existente y aportando nueva, en el equipo de investigación vemos que la región Río de la Plata durante los Tiempos Modernos estuvo constituida por territorios dominados efectivamente por los occidentales a ambas orillas de los ríos de la Plata y Uruguay, pudiendo establecer unos límites aproximados hacia el interior de las tierras a través del tipo de tratos mercantiles que revelan una circulación interna de proximidad entre el comercio de la capital y consumidores y minoristas. Unos contornos cambiantes a lo largo del tiempo que llegan a una extensión e integración máximas en el período virreinal.

El mundo de la producción regional, analizado en función de este esquema ha sido abordado por Nicolás Biangardi. Observa que la región se encontraba en un proceso de expansión territorial y crecimiento demográfico de manera que las fronteras se desplazaban, se incorporaban nuevas tierras para la explotación de la ganadería extensiva, el sector de producción agropecuaria mixta se expandía y la zona de servicios y transformación de productos del complejo portuario se ampliaba. El resultado de su investigación pone en evidencia los intereses



Traslado de pasajeros del Puerto de Buenos Aires

vinculados a la explotación del ganado bovino en las dinámicas internas de la región.

Por su parte, María Emilia Sandrín, analiza el impacto sobre la población local de la dinamización económica que deriva de las demandas de bienes y servicios requeridos por el propio funcionamiento del complejo portuario rioplatense y por la corona española para el mantenimiento de su dominio en la región. Observa que los efectos de esas demandas se dejan sentir hasta en las capas más sumergidas de la sociedad rioplatense, ya que cuando no son los barcos del comercio son los de la corona o sus soldados los que ponen en movimiento un abigarrado mundo de minúsculos actores económicos, entre los que se encuentran desde nuestros viejos conocidos de los actos escolares, la mazamorrera o el vendedor de velas, hasta otros menos famosos, como las bizcocheras o los oficios asociados al carenado y calafateado de las embarcaciones.

La región Río de la Plata que se propone, entonces, es un espacio acuático y térreo, articulado por un complejo portuario, sin solución de continuidad a la hora de analizar los campos de fuerzas económicas que lo integran hacia dentro o de seguir el rastro de las que lo vinculan con otros espacios económicos americanos y extra-americanos.

La historia del complejo portuario rioplatense brinda un eje de seguimiento tanto de la conformación de la región como de sus relaciones con otras. Esa historia comienza con la invasión europea de la región, ya que desde el comienzo se necesitó de la articulación de ambas orillas del río para el mantenimiento de los contactos con las costas del Brasil y con las rutas atlánticas ultramarinas. Al calor de los esfuerzos desplegados por diversos actores extra-americanos por apropiarse de partes crecientes del tesoro americano a través de Río de la Plata, esa puerta trasera de los complejos mineros suramericanos, surge, se consolida y madura una sociedad hispano-criolla local que, en el tiempo, cada vez más va a

pesar en el juego de relaciones y llega a tener una voz propia que no pudo ser ignorada.

En la periodización de la vida del complejo portuario rioplatense se proponen cuatro etapas. Una que llamo formativa, entre el inicio de la instalación de los europeos en la región a fines del siglo XVI y los tiempos de la Guerra de Sucesión a inicios del siglo XVIII. Le sigue un breve período que entiendo como de redefinición y condensación de tendencias, entre los años de la guerra y la ocupación española de la bahía de Montevideo formalizada en 1726. En tercer término, lo que considero la etapa de pleno funcionamiento, entre mediados de los años 1720 y la década de 1810, que es seguida por la cuarta y última etapa, la de crisis y disolución, que acompaña a la de la región Río de la Plata tal como la entendemos, cuyo fin advierto claramente en tiempos de la guerra económica entre la Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires durante los años 1850.

Durante la etapa formativa, observo que las adaptaciones a las imposiciones geográficas y las dinámicas generales de la historia de la Monarquía Española en sus relaciones con sus competidores, se combinan con un proceso de asentamiento y maduración de una sociedad local en la que intervienen dos factores esenciales. En primer término, su condición de frontera de la Monarquía lo que derivó en inversiones crecientes para la afirmación de su soberanía. En segundo término, su condición de pivote entre el Atlántico y los mercados del sur americano. En el proceso tuvo una alta incidencia la acumulación de experiencias en relación con el comercio a media y larga distancia, por tierra o por agua, que permitió que la región pudiera responder en cada tiempo a los múltiples requerimientos que realizaba a su sociedad la función mediadora.

En ese proceso de acumulación de experiencias mercantiles se observa cómo los porteños, únicos ocupantes occidentales del río hasta avanzado el siglo XVII, van incorporándose de modo progresivo en los flujos, con un orden de lo simple a lo complejo que bien podría haber sido diseñado por un ministro planificador. Por detrás, se ve una economía regional que encuentra, además de cómo asegurar el funcionamiento de la ruta, el modo de que su comarca sea algo más que un pivote entre mercados americanos y extra-americanos, a través de producciones que se suman a los intercambios por tierra o por agua y que junto a los servicios portuarios generan riqueza o simplemente una moderada prosperidad para el conjunto de la población.

En 1680-1683, la instalación de los portugueses en la banda norte, en uno de los puertos informales hasta entonces del complejo portuario, encuentra del otro lado una comunidad con intereses arraigados, capaz de ofrecer servicios de mediación con una vasta red de



mercados americanos, y dispuesta también a proteger su economía productiva. En 1703, con la instalación en Buenos Aires de la factoría de la Compagnie de Guinée et de l'Assiento, los porteños aprenden la rama del comercio que les faltaba, la de esclavos a gran escala (para el contexto, por supuesto).

La Guerra de Sucesión tuvo uno de sus escenarios bélicos en Río de la Plata, lo que altera la vida del complejo portuario rioplatense, ya que se expulsa a los portugueses en 1705 (expulsión reclamada por los porteños desde los años 1690 porque los portugueses estaban descaradamente explotando sus ganados de la banda norte) y se corta la llegada de navíos del comercio por dentro de la Carrera de Indias hasta 1712, dominando el tráfico ultramarino el comercio francés.

Esa guerra desatada en 1701 y sus ecos rioplatenses abren una breve etapa de reacomodamientos que dura hasta la primera consolidación de las derivaciones de los tratados de paz, que ubico en la ocupación española de Montevideo entre 1724-1726. Sin embargo, es en estos años de guerra y reacomodamientos, que la economía rioplatense conoce su primer gran momento de crecimiento concentrado en el tiempo. Un único indicador: según cifras aportadas por Zacarías Moutoukias, en los 52 años que median entre 1648 y 1699 se exportaron de modo legal 173.370 cueros, una media anual de 3.334 unidades. Está el contrabando, lo sé. También las vaquerías que organizan los portugueses en los años 1690. De modo que fantaseemos y cuadruplicuemos la media de los embarques legales de esos 52 años, lo que da 13.336 unidades potencialmente exportadas por año.

Ahora bien, en los 12 años que corren entre 1703 y 1714 se registró legalmente el embarque de 296.962 cueros a bordo de navíos españoles (la salida de los del comercio llegados en 1698, más otros de guerra y avisos llegados entre 1701 y 1704) y los de la Compagnie de Guinée et de l'Assiento. Sin aportar estimaciones para los embarques por el circuito portugués (hasta la expulsión de 1705), ni para los fraudes por dentro del sistema español o de la



Fuerte de Buenos Aires en la orilla del Río de la Plata- Oleo de Vidal

compañía esclavista francesa o las compras de los navíos franceses del comercio directo, la media anual es de 24.747 cueros. Un boom económico, ya que se experimentó en 12 años un 85% de crecimiento en relación a la estimación muy fantasiosa para los 52 años previos de las exportaciones del principal bien producido a escala regional, recordando que para nosotros la región Río de la Plata no se limita a la campaña próxima a Buenos Aires.

La contrapartida. La intensificación de la presencia del comercio ultramarino en los circuitos interiores que se abrían desde el complejo portuario rioplatense, y con ella el punto de inflexión en la polarización hacia el Atlántico de varias economías regionales. Los rioplatenses ven pasar por su complejo portuario cada vez más millones de pesos que no les pertenecen, pero que por pasar, generan estímulos a su economía lanzados en todas direcciones, porque no hay que pensar solamente en los cueros exportados, sino también en cómo los navíos del comercio y del rey dinamizaron otras esferas de la economía regional.

El fin de la guerra y las condiciones de los tratados de paz cambiaron a los franceses por los ingleses en 1714 para el tráfico esclavista y devolvieron a los portugueses a Río de la Plata en 1716. El intento expansivo de los portugueses con la ocupación de la bahía de Montevideo a fines de 1723 termina con la fundación española de Montevideo, y queda el escenario armado para un largo período en el que el complejo portuario rioplatense funcionó a pleno, sumando integrantes medianos y menores, y aun teniendo presente la ajetreada vida de Colonia del Sacramento en manos portuguesas o las tensiones crecientes entre porteños y montevidianos claramente visibles desde 1808.

A mediados de la década de 1720 se abre, entonces, la etapa de pleno funcionamiento del complejo portuario rioplatense, que dura hasta los años 1810. Ese complejo portuario en su imbricación más densa, estuvo compuesto, en primer lugar, por la ciudad de Buenos Aires con sus malos y transitorios apostaderos navales, más las ciudades-puerto de Colonia del Sacramento y Montevideo. En segundo lugar, se articulaban con esas ciudades un reducido conjunto de apostaderos secundarios, aptos para naves mayores y medianas, con mayor o menor control por parte de las autoridades (como Maldonado o la Ensenada de Barragán). También con control escaso o al menos sin dudas deficiente, había atracaderos transitados por naves medianas y menores, fundamentalmente destinados a articular zonas productivas del litoral con el estuario del río, como Las Conchas (la terminal de la ruta fluvial que llevaba a Paraguay), pero que también eran útiles para vincular por agua las zonas productivas de la región rioplatense con los puertos mayores, como Las Vacas. Finalmente, un indefinible número de



desembarcaderos clandestinos o simplemente sin control, permitidos por las características de las orillas, aptos para los movimientos de pequeñas embarcaciones, útiles no sólo para los tratos ilícitos sino también para los movimientos de una población que iba y venía de una banda a otra del río con mucha asiduidad siguiendo, por ejemplo, las fuentes de trabajo. Así, el río, debido a la intensa circulación de embarcaciones de todo porte entre ambas orillas o entre puntos distantes de alguna de ellas, se convirtió en el vector de integración y articulación regional y él mismo en uno de los espacios que la componían. En el análisis de las relaciones entre los asentamientos mayores del complejo portuario rioplatense entre sí hasta 1777-1778, es decir, Buenos Aires, Colonia

por Nicolás Biangardi). Ni estanciero ni comerciante, o ambas cosas a la vez, lo que definiría al empresario ganadero es que habría colocado en el centro de sus objetivos y estrategias la obtención de beneficios a partir de la ganadería, única rama de la actividad económica vinculada al Atlántico que podría aspirar a controlar.

¿Qué reflejan los millones en metales preciosos salidos, legal o ilegalmente, por el complejo portuario rioplatense? Ciertamente, no reflejan la economía rioplatense de modo principal, sino el conjunto de operaciones mercantiles llevadas a cabo en el cada vez más extenso y denso haz de rutas que se abren desde el complejo portuario rioplatense hacia el



Puerto de Buenos Aires

del Sacramento y Montevideo, descubrió una fuerte complementariedad en lo relacionado con el comercio, pero la paz se acaba cuando se trata de los intereses productivos. Observo que lo que está en disputa es la explotación del ganado y que el punto de equilibrio se alcanza mientras Colonia del Sacramento y Montevideo acepten el papel que les asignan los intereses porteños, exteriorizados durante largo tiempo a través de su Cabildo en las negociaciones con los gobernadores o directamente con la Corona.

Así, las cifras obtenidas hasta ahora, por la bibliografía o producidas por los equipos de investigación, lo mismo que el seguimiento de la vida política regional, sugieren que hay que volver a mirar los intereses vinculados a la explotación del ganado bovino, ya que su participación en los flujos, a pesar de ser claramente minoritaria frente a los metales preciosos, es importante si se la analiza desde la perspectiva de la inclusión de las economías regionales en el comercio ultramarino.

¿Qué son esos intereses vinculados a la explotación del ganado? Los defino como empresarios ganaderos que asumirían diversas formas a través del tiempo: vecinos accioneros, hacendados, estancieros, corambreros (siendo esta última variante establecida

interior americano. La participación de la economía regional en la conformación del total sólo podría conocerse tras despejar qué parte de los bienes aportados por los navíos fueron consumidos en la región y lo que deja esa circulación en la región, es decir, de la parte que le corresponde a la sociedad local por sus servicios de mediación, desde las comisiones de los comerciantes o los beneficios de los comerciantes locales que operan por cuenta propia (que eran los menos), hasta los jamones comprados por los dispenseros de los navíos para los viajes de regreso. Pero en esencia, se trata de un comercio que opera a través de Río de la Plata, pero que no es de Río de la Plata, tanto por el origen mayoritario de los fondos invertidos como por el destino de los beneficios. Bajo su influjo se articula un espacio económico rioplatense, que logra revertir desde comienzos del siglo XVIII la polarización previa en dirección de Lima, arrastrando bajo su influjo inclusive parte de Chile (el corregimiento de Cuyo) y el Alto Perú.

Pero por debajo de los grandes flujos que desmonetizan las economías regionales, encontramos una de esas economías que aporta bienes en dirección del Atlántico que retienen en América al menos una parte de los metales preciosos, los derivados bovinos rioplatenses. En su momento,



pude acceder a un conocimiento muy detallado de lo cargado en los navíos del circuito legal español y la participación de los actores en las transacciones gracias a una aplicación informática programada por Alejandro Zurdo. Los resultados mostraron que en el conjunto de los valores exportados por dentro del comercio legal entre 1714 y 1778 los cueros pesan poco, pero mucho más que el 2% que suman todas las otras producciones americanas que salen por el complejo portuario rioplatense hacia el Atlántico por dentro del circuito legal español, llegados desde zonas tan remotas como Guayaquil, Moxos, la selva misionera o el Atlántico sur. Entre esos años, 1714 y 1778, los cueros representan alrededor de 10% del total y hay estimaciones que sugieren que alcanzan 20% durante el período virreinal. Así que es cierto, son poca cosa en el conjunto de valores salidos por el circuito legal español. La ponderación general al incluir los tratos ilegales tal vez no cambie mucho, ya que si bien salen muchos cueros por el circuito portugués (más que por el español hasta los años 1750-1760), también salen metales preciosos. Pero no es una cuestión de proporciones, sino de constatar que una sola de las economías regionales interviene en los flujos ultramarinos con un bien de producción propia que retiene en la región parte de la riqueza generada en otras y que ese poco, para la economía regional, es mucho. A lo que se suma el ganado en pie, bovino o mular, que sale en grandes cantidades hacia el interior español, pero también al portugués. Y se completa el cuadro de la economía regional con lo gastado por el comercio o por el rey para la satisfacción de sus necesidades de bienes y servicios.

En cuanto a los actores, esperaba validar la idea sobre que los comerciantes en todo tiempo controlaron la coordinada política local a través del Cabildo, pero cuando no encontré a los cabildantes entre los cargadores ultramarinos, primero me desorienté y luego pude ver que al menos hasta la creación del Virreinato del Río de la Plata, la corporación urbana habría trabajado para defender los intereses productivos locales.

¿Cómo se articula el comercio de importación de bienes del mercado mundial a través de complejo portuario rioplatense con la exportación de derivados bovinos? No hay demasiado misterio. La economía regional se dinamiza en la medida que haya navíos en el río que atender y bodegas disponibles para los cueros. No llegan navíos del comercio en lastre para comprar cueros y aunque en expansión, el mercado rioplatense no puede absorber los bienes del mercado mundial que llegan al complejo portuario rioplatense. Como la enorme variedad de textiles puestos en circulación revelados por las guías de aduana, que Claudia Porcellana me ayudó a identificar y que Ana Clara Gastaldi y Mariel Esjaita están estudiando desde preguntas relacionadas con las dinámicas del consumo y su significación social.

Los rioplatenses tienen el mayor interés en que el comercio ultramarino se articule con los espacios interiores a través de su complejo portuario, para que una vez vaciadas las bodegas, puedan ser llenadas con sus cueros.

De la articulación entre los intereses locales y ultramarinos emerge un espacio económico polarizado, el espacio económico rioplatense. Un espacio económico que tal vez anticipe en un siglo el quiebre del espacio peruano tal como lo había propuesto Assadourian y que quedaría delimitado por mi complejo portuario rioplatense, que se proyecta aguas arriba hacia el Paraguay, estudiado por Maximiliano Acebal, y dos complejos portuarios secos, el cuyano, estudiado por José Sovarzo y el salto-jujeño, percibido por ahora a través de la bibliografía, ya que todavía está buscando a su tesista. Todo articulado por una densa red de caminos de agua y tierra, animados por diversos tipos de empresarios transportistas, analizados por María Claudia Errecart.

Las complementariedades y contradicciones derivadas de la articulación de intereses definen la vida regional y la participación de sus minorías dirigentes en el juego de poderes de la Monarquía española, una monarquía que interviene en la vida regional en función de su primer interés, que es asegurar esa frontera caliente, con lo que se transforma en un muy activo agente dinamizador de la economía regional, gastando en la región sumas de dinero recaudadas en otros espacios americanos y extra-americanos. En segundo término, interviene reorganizando la estructura administrativa general, creando un virreinato que le permita controlar mejor los flujos del espacio económico rioplatense a través de la aduana porteña, que está siendo estudiada por María Evangelina Vaccani.

La crisis de la Monarquía española desatada a comienzos del siglo XIX, y la forma que asume localmente su resolución entre 1806 y 1820, quebró la unidad de la región Río de la Plata, tras ella la del complejo portuario en torno a la que se había articulado y se descalabra el espacio económico rioplatense.

En 1777 la expulsión de los portugueses de la banda norte del río se dio en el contexto de una serie de reformas que apuntaban a expandir el absolutismo en el conjunto de los dominios europeos, americanos y asiáticos de la Monarquía española. Con la conquista de Colonia del Sacramento, el complejo portuario perdió un componente que generaba equilibrios, siempre inestables, entre porteños y montevideanos, más en el momento en que Montevideo estaba llegando a su primera madurez. Como lo muestran los trabajos de Hernán Silva para Buenos Aires y de Arturo Bentancur para Montevideo, y más



recientemente de Maximiliano Camarda para el complejo portuario rioplatense en el período virreinal, hay un incremento del comercio, pero si las cifras se ponen en relación con las aportadas para el período 1714-1778, ese crecimiento no es tan abrupto como se pensaba, sino que continúa tendencias previas que se originan en las dos primeras décadas del siglo XVIII y se sostienen después al incorporar al análisis el circuito portugués. El salto abrupto de las curvas del comercio legal español tras 1778 se debe a su concentración forzada por ese circuito, tras la toma de Colonia del Sacramento.

Sin embargo, el relativo éxito del avance del absolutismo en la región, que como explica Javier Kraselsky fue posibilitado por una alianza entre la corona y un actor local, los comerciantes de Buenos Aires, genera nuevas tensiones dentro de la región mediante un mecanismo que él denomina 'centralización corporativa'. Las disputas salen a la luz en 1801, a través de las páginas del Telégrafo Mercantil, en lo que fue el primer debate político que alcanzó la esfera pública a nivel local. El tema: dónde se debían hacer fuertes inversiones para construir un puerto propiamente dicho.

La invasión inglesa de 1806-1807, como sabemos desnudó la incapacidad de la corona de cumplir su parte del pacto de sujeción y confirmó a los intereses vinculados a la producción y a los servicios de logística que un cambio profundo de política económica sólo podría expandir sus fuentes de ganancias. Como lo señaló hace tiempo José María Mariluz Urquijo, los comerciantes no estaban muy de acuerdo en esto, tampoco los productores de manufacturas, como los vinculados a los obrajes cochabambinos o esos zapateros porteños, que Mariano Moreno no quiso que participaran, por pertenecer a la chusma, en el segundo gran debate político local, el de 1809, que fue el primero de la larga serie de intercambios en torno al proteccionismo y el librecambio.

La guerra que se instala en el río desde 1810, entre porteños y orientales en primer lugar, quiebra la unidad regional, y el complejo portuario rioplatense entra en su etapa de crisis y disolución. Las luchas facciosas, sostenidas por diferentes modos de responder a las preguntas planteadas por la caída de la Corona y los poderes que intentan abrogarse la soberanía, abren el camino de la disolución del virreinato y sus intendencias. En el litoral, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y Montevideo dejan de responder a la capital e inician el camino que llevó a la formación de estados-provincia, que en el caso oriental culmina en una república autónoma. En ese litoral, el telón de fondo de las luchas es la realización ultramarina de la riqueza ganadera en expansión, o potencialmente expandible con los saladeros, de economías similares que hasta hacía poco formaban parte de una sola. Me pregunto si a Urquiza y a Rosas el destino de las economías del interior no les interesaba ante todo como mercados para sus socios ultramarinos. El proteccionismo es tal vez la gran diferencia con el tempranamente aplastado proyecto artiguista.

Es distinta la disputa con el interior. Si bien Buenos Aires en los años 1820 creyó que podía desentenderse de su destino, como señaló Samuel Amaral, rápidamente tomó consciencia de que su prosperidad dependía de que pudiera seguir presentándose ante el comercio mundial como interlocutora exclusiva de esos mercados. El motivo, siempre el mismo: hay bodegas para sus cueros, a los que ahora se suma la carne salada, en la medida en que hayan llegado cargadas con stocks que su mercado no puede absorber, reducido además, por los conflictos intra-regionales. Los porteños además enfrentan un problema serio: la desintegración de la región Río de la Plata en la que llevaban la voz cantante, traería como derivación la pérdida del control sobre espacios lejanos de su campaña, sobre todo en la banda norte y el sur de Santa Fe y Entre Ríos. De modo que son empujados a otra lucha, hacia el interior y el sur de



Puerto de Rosario, 1873

la pampa, para contar con nuevas tierras en las que poder seguir sustentando su base ganadera, rompiendo la paz establecida con los indígenas por Carlos III sobre la base de renunciar a la continuación de la conquista.

En esta explicación, que mira el siglo XIX desde el XVII y el XVIII, el poder local asociado a los intereses ganaderos no emergería con la Revolución, sino que es previo y se redefine al calor de las formas que asume en la región la definición de la crisis general que la lleva a tener que enfrentar un problema no buscado: la desintegración del armado institucional de la dominación. Estaban cómodos como estaban, y por más que se estuvieran cocinando a fuego muy lento en algunas mentes afiebradas ingredientes que podrían haber llevado a la búsqueda de la independencia, en la primera década del siglo XIX, como además ya lo notó Cornelio Saavedra, "las brevas no estaban maduras", pero no pudieron elegir el momento.

El estado actual de las investigaciones sobre el siglo XIX muestra que para entender la formación de nuestro Estado-nación desde los años 1820 en adelante ya no debemos mirar sólo los intereses y la agenda de temas que emergen de Buenos Aires. Los trabajos de Viviana Conti desde la economía salto-jujeña o un libro compilado por Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez, entre otros esfuerzos, muestran que los estados-provincia del interior no sólo reaccionaban ante Buenos Aires sino que tenían sus propias agendas. Y vemos con más claridad

una vieja explicación del acuerdo final, la dada por Juan Álvarez en torno a que la paz entre las regiones llegó cuando se acordó un proteccionismo selectivo que beneficiaría a las producciones en que sustentaban sus aspiraciones los sectores dominantes regionales. Se terminó de cerrar un nuevo pacto de dominación, en los términos de Waldo Ansaldi: se soñó con Rousseau y se despertó con Hobbes. Con ello tomó forma un nuevo espacio económico, que recibe el nombre de mercado interno argentino y que permitió que Bartolomé Mitre encargara la edificación de este recinto en 1862, en el que se organizó el Estado-nación que, por fin, habían logrado crear.

En el tramo final de la lucha, el complejo portuario rioplatense vive sus últimos estertores. Lo veo a través de las explicaciones dadas por Fernando Barba al papel de los derechos diferenciales en la guerra económica entre la Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires, cuando la Confederación intenta redefinir el complejo portuario, cambiando Buenos Aires por sus puertos. Pero como sabemos, no lo logró y tras Pavón, entre tantas cosas que cambiaron de modo definitivo, el Río de la Plata comenzó a ser realmente una frontera internacional. Si volviese a comenzar esta conferencia, volvería a decir que por culpa de mis maestros me hago muchas preguntas, y que la primera fue cuándo el río había comenzado a ser una frontera internacional. Creo que la pregunta 1 del examen está respondida.

Buenos Aires, y el sistema federal argentino en la década de 1860

Por el académico de número DR. EDUARDO J. MÍGUEZ

El tema que he elegido para esta presentación está en parte dictado por mi trabajo reciente, en el que tanta colaboración he recibido de muchos de los presentes. Si intentara revisar las contribuciones a los estudios del federalismo efectuadas en este y otros ámbitos, no solo correría el riesgo de imperdonables olvidos, si no que ello insumiría todo el tiempo que es sensato dedicar a esta exposición. Por ello me limito a mencionar en este momento la obra de mi predecesora en este sitio, Beatriz Bosch, cuyos sólidos y frondosos estudios sobre la Confederación Argentina y la actuación de Justo José de Urquiza han sido para mí un punto de partida imprescindible. Tuve lamentablemente una sola oportunidad de conocer a la Dra. Bosch, cuando ambos fuimos jurados de un concurso docente de otra colega de esta institución, y recuerdo con calidez nuestra conversación que pronto derivó a la figura del Gran Entrerriano, y en la que mucho aprendí.

En mis clases como profesor de historia argentina siempre insisto a mis alumnos que dos problemas dominaron desde el punto de vista político el largo siglo XIX argentino: el de la legitimidad del poder y el de su equilibrio territorial. En una carta a Rodolfo Rivarola de 1906, Benjamín Victorica relataba que Salvador María del Carril le confiara que solo fue en el exilio de Santa Catalina en la década de 1830 que gracias a la lectura de Tocqueville, Rivadavia y él habían comprendido la estructura del gobierno federal, abrazándose tardíamente a ella. El relato ilustra la compleja trayectoria de un sistema institucional que emergería en el plata con rasgos propios.

Ayudados por los textos de Enrique Barba, de José Carlos Chiaramonte, de Natalio Botana, cuya lectura les es indicada entre las muchas posibles, mis alumnos deben comenzar a comprender el accidentado derrotero de las instituciones federales en este país. Intentaré en lo que sigue presentar





Justo José de Urquiza

algunas ideas en torno al problema, que emergen del esfuerzo por tratar de comprenderlo yo mismo en base a una inabarcable bibliografía y una investigación que siempre abre más preguntas de las que cierra, y sobre todo, en base al cotidiano esfuerzo por tratar de transmitir las en mis clases.

En diciembre de 1866 Felipe Varela proclamaba: *“Compatriotas: Desde que [Mitre] usurpó el Gobierno de la Nación, el monopolio de los tesoros públicos y la absorción de las rentas provinciales vinieron a ser el patrimonio de los porteños, condenando al provinciano a cederles hasta el pan que reservara para sus hijos. Ser porteño es ser ciudadano exclusivista, y ser provinciano es ser mendigo sin patria, sin libertad, sin derechos. Esta es la política del gobierno de Mitre.”*

¿Era esta una acusación válida?. En verdad, en 1866 era muy poco lo que las provincias aportaban al erario nacional, especialmente, aquellas que como La Rioja tenían una participación muy limitada en el comercio exterior de la Argentina. Por el contrario, Buenos Aires producía una parte sustantiva de los bienes exportables, y por lo tanto, generaba el grueso de los recursos que permitían las importaciones, que eran, desde luego, la base impositiva más significativa. Por otro lado, al iniciar el desarrollo de instituciones nacionales con la presencia de Buenos Aires, el Estado Nacional ponía en marcha un proceso que daría lugar a transferencia de recursos hacia las provincias.

Ocasionalmente, bajo la forma de subsidios a los presupuestos provinciales, pero también por el

gasto del Estado central en las provincias. En primer lugar, por el establecimiento de fuerzas militares financiadas por la nación, y también por otras instituciones nacionales, los juzgados federales, los colegios nacionales y la Universidad de Córdoba, el apoyo a la educación primaria, las mismas aduanas... Por otro lado, lentamente, el gobierno nacional comenzaba a promover el desarrollo de obras públicas en las provincias, que cuando no eran financiadas directamente por la Nación, contaban con su respaldo. Ya en la década de 1860 alguna mejora de caminos y comunicaciones, correos y postas salían de las arcas nacionales, y desde luego, el apoyo a los primeros ferrocarriles; el Central Argentino, cuya construcción se iniciaría efectivamente en ese período, y el del Este Argentino, que unía de manera significativa Corrientes y Entre Ríos, aprobado por el congreso en 1864 aunque sufrió retrasos atribuibles a la guerra del Paraguay.

Por otro lado, Buenos Aires había resignado fuertes recursos para financiar la nación a partir de 1862. Por el acuerdo llevado a cabo por Velez Sarfield en Junio de 1861 se había comprometido a contribuir con 1,5 millones de pesos papel al gobierno nacional (art.14). Esto limitaba el compromiso de Buenos Aires a 18 millones de pesos anuales, con la ventaja adicional de promover el uso de su moneda en las provincias. Pero a partir de la unificación nacional lograda por Mitre se hicieron efectivas las cláusulas del tratado del 11 de noviembre de 1860. La Aduana quedó en jurisdicción nacional a partir de la reinstalación del Congreso en mayo, y la nación cedió 24 millones de pesos anuales a la provincia por cinco años.

En síntesis, no es evidente que como pensaba Varela, la unificación de la nación bajo Mitre fuera financieramente perjudicial para una provincia como La Rioja, que seguramente era beneficiada – desde este punto de vista, desde luego – por la nueva situación, y mucho ventajosa para Buenos Aires menos. El libro reciente de Pablo Gerchunoff, Fernando Rocchi y Gastón Rossi, que ha sido destacado hace unos años en un concurso en esta casa, muestra que esa tendencia solo se profundizaría en el tiempo, y la nación asumiría un rol de redistribución de los recursos fiscales desde las provincias más ricas, en especial, Buenos Aires, hacia las menos favorecidas, que ya no abandonarían. Un rol, por lo demás, lógico e inevitable si se desea fomentar una trama política común, como vemos cotidianamente en la prensa en relación a la Unión Europea.

Ahora bien, ¿porque incurría el rebelde riojano en una afirmación tan discutible? Desde luego, se puede argumentar que era solo un recurso de movilización política. O que carente de la formación intelectual e información adecuada, Varela solo expresaba su rencor a Buenos Aires. Pero creo que hay algo



Salvador María del Carril

más; la visión del caudillo refleja una forma de ver el proceso histórico argentino que desatendía el núcleo central del problema de la formación del sistema federal argentino. Ella se basa en el contraste entre Federalismo y Unitarismo, e identifica a Buenos Aires con el segundo, como en la década de 1820. Lo que sugeriré en esta presentación es que la construcción de ese sistema en la década de 1860, que como bien ha mostrado en su reciente artículo en Ensayos e Investigaciones nuestro colega Isidoro Ruiz Moreno, fue una imposición de Buenos Aires sobre las provincias, tuvo además el curioso y previsible efecto de ser el comienzo de "La muerte de Buenos Aires", para recurrir al tan bien logrado título con que Eduardo Gutiérrez describiera los acontecimientos de 1880.

Desde luego, el desenlace era tan previsible, que un poco por razón, un poco por intuición, muchos líderes porteños habían hecho lo posible por evitarlo. En un rápido repaso, podríamos recordar que el distanciamiento definitivo de Rosas respecto de la Feliz Experiencia rivadaviana se produjo a raíz de la federalización, primero parcial, y luego total, de la provincia. Y que consecuentemente, cuando accedió a la gobernación y heredó la facultad de convocar al "congreso general federativo" por la disolución de la Comisión Representativa del Pacto Federal, se abstuvo de hacerlo, conciente de que ello implicaba ceder privilegios porteños, en primer lugar la aduana, y posiblemente la ciudad misma.

Caído Rosas, la revolución del 11 de setiembre de 1852 reafirmó el principio de que Buenos Aires no se sometería al poder de la nación si no era bajo su propio liderazgo. Y en todo caso, en previsión, la constitución de Buenos Aires de 1854 declaraba en su Artículo 171 "El Estado de Buenos Aires no se

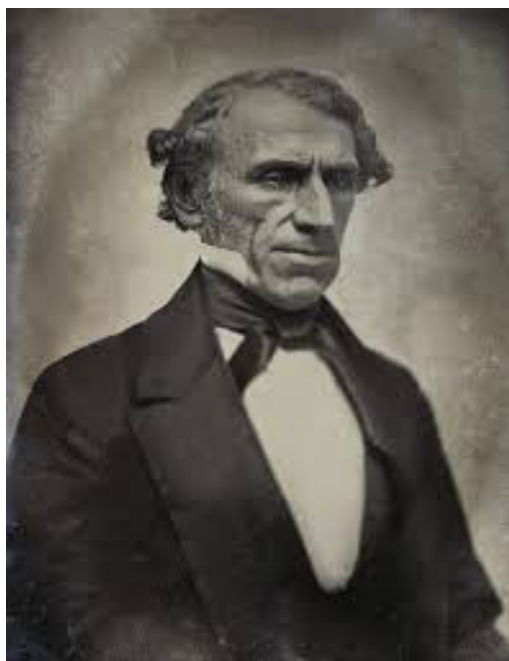
reunirá al Congreso General, sino bajo la base de la forma federal..." Desde ese momento puede definirse el federalismo de Buenos Aires como un federalismo defensivo, que buscó evitar que la nación imponga su poder a la provincia. Cuando efectivamente esto tuvo lugar en Cepeda, el tratado del 11 de noviembre de 1859 logró suavizar la derrota. Como es sabido, las propuestas de reforma constitucional buscaron reasegurar la autonomía provincial y evitar la federalización de la ciudad, y los hechos posteriores mostraron la reticencia a entregar la aduana y el ejército.

Bajo el título "Condiciones Previas", Mitre escribió a comienzos de 1860 unos artículos en el periódico El Nacional, que fueron su plataforma electoral para el gobierno de Buenos Aires. Señalaba allí precisamente la retención del ejército porteño y el control temporario de la aduana como requisito para la reunificación. Esta resistencia se hizo efectiva en el citado acuerdo de junio de 1861, que le permitió a Buenos Aires retener ambas instituciones hasta que se hiciera efectiva la unificación de la nación.

Pavón redefiniría las cosas, porque en efecto, el nuevo proceso de era ahora comandado por la dirigencia porteña. La secuela de aquella batalla ha sido interpretada en general como la imposición del poder de Buenos Aires sobre las provincias, y en consecuencia, como un avasallamiento de sus autonomías. Sin duda, esto es parte en cierto. Pero creo que el fenómeno es más matizado, y con frecuencia, más que avasallar las autonomías provinciales, Mitre favoreció la consolidación en las provincias de sectores políticos aquiescentes a su proyecto. Hasta que punto esto implicaba una intromisión violenta en las soberanías provinciales dependió de cada caso, y debe ser comprendido en una perspectiva más larga.

Después de Caseros en casi todas las provincias emergió una dirigencia, en parte nueva, en parte rejuvenecida, en la que se fundieron viejos federales y unitarios – en realidad, más de los segundos que de los primeros. Pese a los intentos de la Misión del General José María Paz, con que Buenos Aires intentó obtener apoyo en el interior, y otros esfuerzos porteños, para 1854 esta dirigencia se había alineado firmemente detrás de Urquiza. Si esta configuración no era unánime, sí muy mayoritaria.

Pero en los años siguientes ese apoyo se fue resquebrajando. Las discusiones en torno a los derechos diferenciales lo pusieron de manifiesto, y la disputa presidencial entre Derqui y del Carril/ Fragueiro la llevó a un escalón más alto. Así, lo que luego sería llamado el Liberalismo del interior, constituido por dirigentes como los Taboada, los Posse tanto de Tucumán como de Córdoba, Marcos Paz, Benjamín Gorostiaga, Juan Lavaysse, Anselmo Rojo, entre muchos más, y algunos que conservaron



Dalmacio Vélez Sarsfield

simpatía por Urquiza, como el mismo del Carril, veían como imprescindible la incorporación de Buenos Aires, y estaban dispuestos a negociar menos rigurosamente los términos de la misma. Sus rivales conformaban un nuevo Federalismo antiporteño, que no se distinguía de los Liberales por el origen de sus dirigentes, muchos de los cuales, comenzando por el presidente Derqui y su vice-presidente, Juan Esteban Pedernera, también habían sido Unitarios antirrosistas.

Para los primeros Pavón no fue una tragedia, y podían acomodarse a sus términos, en algunos casos con entusiasmo, y en otros, al menos sin resentimiento. La construcción de la unidad posterior a Pavón tuvo un fuerte apoyo desde este sector. Y esto se comprueba mirando el proceso en cada una de las provincias.

Santa Fe es posiblemente el caso más acorde al estereotipo de la imposición porteña. Allí se depuso al gobernador, imponiendo el predominio de un sector afín a Buenos Aires, que no parece haber sido muy fuerte antes del triunfo porteño. Pero la evolución de una figura como Nicasio Oroño, entre otros, muestra que también en aquella provincia sectores que habían estado próximos a Urquiza encontrarían que el predominio de Buenos Aires era una vía aceptable para unir la nación.

En Córdoba, el solo hecho del triunfo porteño incentivó a sectores que habían estado en control de la provincia hasta la intervención de Derqui, unos meses antes, a recuperarlo, y lo mismo ocurrió en Santiago del Estero y Tucumán (en realidad, solo perdieron el control brevemente después de Pavón). En la primera, la llegada del ejército comandado por Paunero solo consolidó lo que fuerzas locales

habían puesto en marcha antes de su llegada. En las provincias del Norte el apoyo externo en armas y dinero reforzó el poder que los Taboada y el cura del Campo habían recuperado en base a recursos locales, y las tropas que llevó Marcos Paz en su misión al norte de 1862 solo reforzaron un sistema de fuerzas que era previo a su arribo. En Corrientes el apoyo de Buenos Aires a la revolución Liberal fue sobre todo pecuniario.

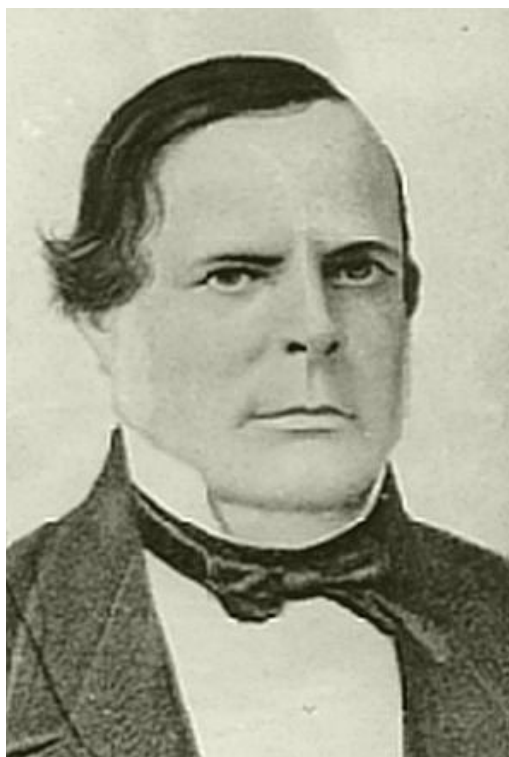
En Cuyo sin dudas la llegada de las armas porteñas fue decisiva. Pero más en el sentido de alterar un equilibrio de fuerzas que se había tornado favorable para los sectores más antiporteños solo en el pasado inmediato, que en entronar Liberales que fueran intrínsecamente débiles. Justo Daract recuperó el poder en San Luis, que había tenido



Bartolomé Mitre

hasta no mucho tiempo atrás. También en Mendoza retornaron sectores que habían perdido preeminencia cuando se dio el giro antiporteño, en los meses finales de la Confederación, con la intervención de Echagüe. Y que decir de San Juan, donde como es sabido, la confrontación era brutal y de larga data. Ambos bandos dependían del apoyo externo para establecer su predominio, y la presencia del ejército de Buenos Aires fue suficiente para que Sarmiento afanzara su poder.

Los casos de Catamarca y Salta son de particular interés. Taboada, Campo, y eventualmente Marcos Paz, actuando como enviado del ejecutivo provisorio, presionaron fuertemente para imponer gobernadores afines. Mitre no lo creía necesario. Estas provincias se habían sometido al programa que él proponía: aceptar el papel del gobernador de Buenos Aires como agente de la reconstrucción del gobierno nacional,



Santiago Derqui

(algo que, como le señalara Rufino de Elizalde en carta a Mitre, era demasiado similar a lo que Buenos Aires y el propio Mitre habían rechazado del acuerdo de San Nicolás en junio y setiembre del 52). Aceptado ese programa, no veía motivo para generar conflictos que podían retrasar la reorganización del país, que era en ese momento su prioridad. En Catamarca el gobernador Molina se ofrecía a renunciar si ello facilitaba evitar los males de la invasión santiagueña, que ya veía venir. Mitre escribía a Paunero:

“Además de las consideraciones generales que aconsejan obrar prudentemente, ..., nuestros amigos los Tabeadas, se portarán en cierto modo como lo hicieron los puntanos en San Juan, desacreditando nuestra causa en el Norte. Ud. sabe que no lo han hecho mal en Tucumán, y eso con sus aliados”.

El oriental, que desde Córdoba monitoreaba la situación, le informaba que el gobernador Todd de Salta reunía fuerzas en la frontera. Mitre dudaba que se propusieran invadir Tucumán, y pensaba que lo que querían los salteños era no ser invadidos. Con humor inusual en él decía a Paunero:

“Al leer algunos calificativos de Ud., con motivo de las precauciones defensivas que toman los federales, como ratas o vizcachas que se atrincheran en sus cuevas, sacando los dientes, me he acordado de aquel celebre viajero, de quien me hablaba Ud. en Valparaíso, que decía, hablando de los osos del polo norte ‘son unos animales tan feroces que se defienden cuando los atacan’”.

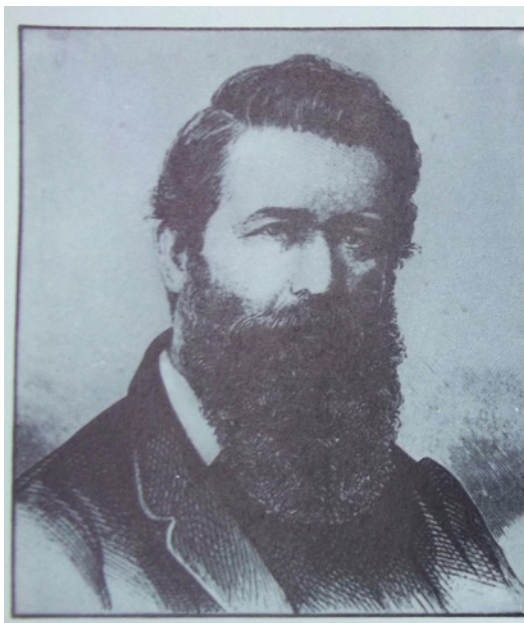
Pero todo fue infructuoso. En Catamarca el gobernador Molina renunció, y la inestabilidad política fue permanente, con la injerencia de Tucumán y

Santiago, no siempre en buena sintonía entre sí. En Salta un movimiento obligó a Todd a huir a Bolivia, y fue repuesto Anselmo Rojo, que había gobernado hasta unos meses antes.

Solo en la lejana Jujuy y en Entre Ríos los gobiernos permanecieron inalterados después de Pavón, por razones opuestas; en la primera, por su afinidad con el de Buenos Aires, en la segunda, como ha relatado minuciosamente nuestro colega Ruiz Moreno en El misterio de Pavón, porque luego de dudas y presiones, Mitre se convenció que una intervención podía ser ruinosa para el país, y para su proyecto político.

Las rebeliones riojanas, creo, deben ser consideradas de manera diferente. En la región de los Llanos, y en las áreas vecinas de San Luis, San Juan y Córdoba el estado de movilización social era endémico. Tenía motivos político-identitarios, que tan bien han sido expuestos Ariel de la Fuente en su Los Hijos de Facundo y que incluían ese profundo resentimiento con Buenos Aires que se reflejaba claramente en la proclama de Varela. Pero esa movilización de los llamados “sectores subalternos” se originaba también en las condiciones socioeconómicas de una región extremadamente pobre, en la que la guerra se combinaba con el bandidaje social como fuente de recursos complementarios a una ganadería de subsistencia. Si Peñalosa encabezó dos rebeliones contra Mitre, antes lo había hecho indistintamente contra gobernadores de diferente orientación política. Y como reconocía el mismo Sarmiento, ello era más por ponerse al frente de acciones que no podía controlar, que por la búsqueda de objetivos políticos precisos. Como dijera Mitre al inaugurar las obras del Central Argentino, luego del brutal sometimiento de la segunda rebelión riojana en 1863, solo el humo de los ferrocarriles (que la Nación debería financiar, agregamos nosotros) podía reemplazar el de los ranchos incendiados. Así, al contrario de lo que pensaba Varela, los recursos del Estado Nacional serían el único paliativo posible para una región que, como también muestra Los Hijos de Facundo, carecía de recursos para financiar siquiera un remedo de estructura estatal.

En definitiva, este panorama muestra que si Buenos Aires buscó asegurarse la hegemonía política, lo que necesitó para ello fue, más que avasallar las autonomías provinciales, apoyarse en sectores que veían claramente la conveniencia de unificar la nación, aún al costo de aceptar la preeminencia porteña. Como ya señalamos, esos sectores en general habían apoyado a del Carril/Fragueiro para suceder a Urquiza, y a Marcos Paz para la vice-presidencia, y terminarían conformando el Liberalismo en las provincias. Es difícil saber su verdadero peso en cada una de ellas en contraposición a los Federales Urquicistas o a quienes añoraban el viejo caudillismo. Pero en todo caso, en la democracia formal de la república posible, la pregunta



Hermanos Taboada

no es particularmente relevante, ya que la articulación del vínculo entre consenso social y ejercicio del poder distaba de ser directa.

Así, de manera conciente o intuitiva, las elites provinciales comenzaban a vislumbrar que en el marco del fuerte desequilibrio entre ellas – y particularmente con la más favorecida – resignar autonomía en la construcción de un centro de poder superior a todas ellas podía no ser tan desventajoso.

El desequilibrio que inspiraba estas ideas se hace evidente al considerar los recursos con que contaban los gobiernos. A fines de la década de 1850 los presupuestos del Estado de Buenos Aires estaban en el orden del equivalente en papel a los 4 millones de pesos fuertes, en tanto el de la confederación rondaba los dos millones y medio de esa moneda. Desde luego, las estimaciones presupuestarias no son un reflejo exactos de los recursos y gastos. Sin embargo, el cotejo de las cifras para Buenos Aires en la década citada llevado a cabo por Alejandra Irigoin, y la confrontación de los cifras presupuestarias con la estimación de gastos efectuada por Roberto Cortes Conde en su notable “Dinero, deuda y crisis” para la década siguiente, muestran que son suficientemente representativas para apreciar, si no el funcionamiento preciso de la fianzas públicas, al menos sus tendencias generales.

Es notable que para 1860, en un presupuesto aprobado el 30/11/1859, vale decir, después de Cepeda, la Confederación tenía fuertes expectativas de aumento de sus ingresos, que como sabemos, se concretaron de manera muy limitada. Para el año siguiente, ni siquiera se intentó una nueva estimación presupuestarias, mostrando la incertidumbre de la vidriosa relación que subsistía aún después de la reunificación constitucional. Los presupuestos de

Buenos Aires de 1860, 1861 y 1862, en cambio, no reflejan en nada el Pacto de San José de Flores ni el acuerdo Velez Sarfield de junio de 1860. Los ingresos se estimaron en similares montos a los elaborados en 1858 para 1859. Los ingresos provenían en dos terceras partes del impuesto a las importaciones y en un 13% a las exportaciones, por lo que más de las tres cuartas partes dependían de una aduana cuya jurisdicción estaba en disputa, aunque de hecho, la provincia conservaría hasta mediados de 1862.

En cuanto a los gastos, el ministerio de guerra consumía más de la mitad, y el pago de la deuda, incluyendo el reiniciado servicio de la deuda Baring de 1824, bastante más del 10%. El triunfo de Mitre en Pavón cambiaría las cosas. Esto no se refleja en el presupuesto de 1862, aprobado semanas después de la batalla, aún en medio de la incertidumbre, que es similar al del año anterior. Desde luego, los gastos de esos años poco tienen que ver con lo presupuestado, dadas la emisiones extraordinarias destinadas a la guerra, y los recursos demandados por el ejército en operaciones, y por el apoyo a las acciones provinciales en favor de la causa porteña. La correspondencia entre Mitre y Paunero y Paz, sus representantes en el interior, muestra la demanda de recursos para pacificar las provincias y la insuficiencia de la aduana de Rosario, ahora bajo control mitrista, para atender a esas demandas. En este punto los presupuestos realmente dicen muy poco, y de hecho, recién en mayo de 1863 la provincia de Buenos Aires estuvo en condiciones de formular uno nuevo para ese mismo año.

Lo que allí observamos nos da una idea de los motivos de la resistencia de Buenos Aires a incorporarse a la nación. Del orden de 90 millones de pesos papel de los presupuestos previos, se pasa a 35 millones de esa moneda, de los cuales 24 millones eran



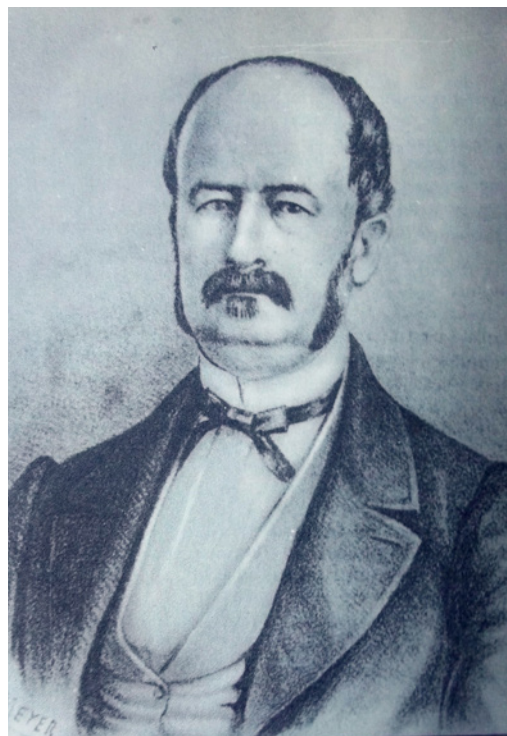
aportados por el tesoro nacional en función de la cláusula del pacto de San José de Flores, ahora en vigencia, y buena parte de lo restante también es aportado por el tesoro nacional, para hacer frente al empréstito de Londres, lo que también estaba previsto en aquel acuerdo. El aporte de la nación es el 70% de los recursos de Buenos Aires, y si se agregan los fondos para el empréstito, que vienen consignados por separado, bastante más del 80%. Dado que el pacto se consideró en vigor desde la reunión del nuevo Congreso Nacional en la provisoria capital bonaerense el 25 de mayo de 1862, y que establecía un apoyo por cinco años, eso quiere decir que en mayo de 1867 Buenos Aires perdería el 70% de sus ingresos (los pagos por el empréstito seguirán siendo transferidos desde la nación).

En cuanto a los gastos, en el presupuesto de 1863 han desaparecido no solo, previsiblemente, las relaciones externas, si no todos los gastos en seguridad, el ejército, desde luego, pero también el presupuesto para milicias y policía. En mayo de 1863 Buenos Aires es una provincia desarmada, y con apenas cuatro años por delante para obtener los recursos necesarios para sostener sus instituciones, que incluían, por ejemplo, a la Universidad y a la Facultad de Medicina (con presupuestos independientes), que a diferencia de la Universidad de Córdoba, no resignaría a la autoridad de la Nación.

1865 traería una nueva desilusión para la provincia. Como han destacado Ezequiel Gallo y Mariela Leo, la convención de Buenos Aires reformadora de la constitución nacional de 1860 había previsto limitar a cinco años la percepción de los derechos de exportación por parte de la nación. Pero urgido por los gastos de la guerra con Paraguay, Mitre, que había entonces defendido ese límite, propició una nueva reforma que preservaría esa fuente de ingresos de manera permanente en manos del "gobierno general". Hubo gran incertidumbre sobre si el congreso habilitaría la convocatoria a una convención constituyente, lo que finalmente ocurrió por un estrecho margen. Y pese al destacable auxilio de Martín Ruiz Moreno, el congresal por Entre Ríos – otra de las provincias que cedían recursos a la nación por este medio –, Buenos Aires no logró impedir que la reforma constitucional cediera ya de manera definitiva las que en la época actual serían llamadas "retenciones" al gobierno nacional.

Pese a la pérdida de sus más importantes fuentes de ingresos, de forma sorprendente, Buenos Aires lograría reconstruir sus finanzas. Para 1866 el papel sellado, la contribución directa, las patentes, y otros impuestos, cuyo aporte había sido marginal hasta entonces, se habían constituido en conjunto en más del 25% del presupuesto provincial. La nación continuaba aportando los mismos fondos, 24 millones de pesos papel para gastos generales,

además de los demandados por el empréstito de Londres, por lo que el presupuesto provincial pudo crecer en esa proporción. Los gastos de policía y de guardia nacional volvieron a hacer su aparición en el presupuesto provincial, especialmente, cuando a partir de 1867 la ciudad volvió plenamente a la esfera provincial, al concluir el acuerdo por cinco años de jurisdicción compartida. El presupuesto de ese año de transición no cuenta con un cálculo de recursos, y se mantiene en un monto similar al anterior, y en los de los dos años siguientes, con incrementos de más del 20% y 11% respectivamente, tampoco estiman la fuente de ingresos.



Marcos Paz

El presupuesto de 1870 prevee un gasto de 58 millones de pesos papel, frente a los 40 millones que tenía en 1866, en un lapso en que no hubo devaluación monetaria. De esos 58 millones, 16 aportaba la nación para hacer frente a deudas que le correspondían según los acuerdos existentes, en especial, el empréstito de Londres. La contribución directa y las patentes eran ahora la principal fuente de recursos, lo que junto con el papel sellado, los impuestos a saladeros y grasería y la venta de tierras cubrían la totalidad de los gastos corrientes de la provincia, que dedica 11 millones a la policía y 3,3 millones a sus milicias. Así, en un lustro, el extraordinario crecimiento de la economía bonaerense logró que el Estado provincial recuperase su estructura, habiendo cedido lo que era su casi excluyente fuente de ingresos a la nación.

Por lo demás, disponer del único banco de emisión reforzaba el poder de la provincia. El hecho de que leyes del parlamento provincial habilitaran el endeudamiento o las emisiones que requería el



gobierno nacional para hacer frente a sus gastos – lo que se hace más dramático desde la guerra con Paraguay – muestra un equilibrio de poder que aún es complejo.

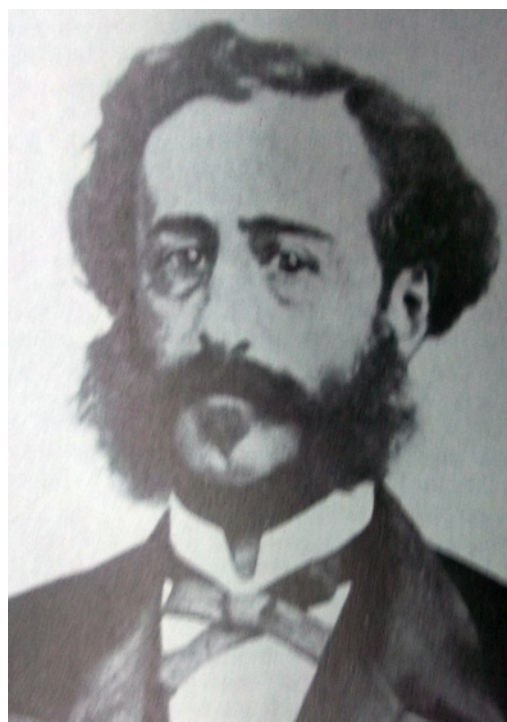
Sin embargo, la situación de la nación había cambiado totalmente con la incorporación de la Aduana porteña en 1862. El presupuesto para 1859 fue el último que se efectuó considerando exclusivamente los recursos de la Confederación, y estaba en el orden de dos y medio millones de pesos fuertes. Los siguientes solo reflejan la confusión después de Cepeda. Pero el presupuesto de 1864, aprobado ya regularmente a fines del año previo, es de nueve millones de pesos fuertes, casi cuatro veces el de 1859. Junto a los compromisos con Buenos Aires, se prevén 250.000 pesos fuertes para transferencias a provincias, además de los gastos en colegios nacionales, la Universidad de Córdoba, y el apoyo a la educación primaria. En un trabajo muy reciente, que tuve oportunidad de escuchar apenas dos semanas atrás, Juan Carlos Garavaglia estimaba que una parte desmedida de los gastos nacionales se efectuaban en el ámbito de la principal provincia. Esto no es muy sorprendente, ya que era el principal mercado, y las instituciones “nacionales” se encontraban mayormente allí radicadas. En Buenos Aires se recaudaba y se consumía una parte muy alta del presupuesto nacional. Pero aún el limitado monto de transferencias a las provincias podía ser muy significativo para las más pobres. Y la descentralización del gasto iría avanzando después de la guerra del Paraguay. Como sabemos por trabajos para períodos posteriores, como el de Gerchunoff y otros ya citado, paulatinamente la nación se iría constituyendo en un mecanismo de redistribución de ingresos fiscales e inversión en infraestructura en favor de las provincias más atrasadas.

En un plano más estrictamente político, el gobierno de Mitre después de 1862 no desplegó un centralismo agresivo. Más bien, intentó llevar a la práctica una idea bastante generalizada en su generación, y que seguramente Alberdi expuso mejor que nadie; que la propia dinámica de la transformación socioeconómica crearía las bases para la estabilidad institucional. Y por ello, la prioridad fue pacificar, evitar las rebeliones, guerras regionales y conflictos, y dejar que, como ya citáramos, el “humo de los ferrocarriles reemplazara al de los ranchos incendiados.” Por cierto, el conflicto en La Rioja pone en cuestión esta política, pero como ya he señalado, creo que se trata de un fenómeno de naturaleza diferente, que requiere un tratamiento específico, sobre el que no podemos extendernos aquí.

Sin duda, la guerra con Paraguay, que Mitre no buscó aunque tampoco supo evitar, y cuyos compromisos parece haber evaluado desacertadamente, coartó en buena medida los logros que ese programa pudo haber tenido antes de 1865. Sin embargo,

aún después de iniciada la guerra, Mitre siguió buscando dar margen a una autonomía provincial que contribuyera a limitar los conflictos en las provincias. Estando personalmente presente en territorio correntino, cuando se efectuó a fines de aquel año la elección de gobernador para suceder a Manuel Ignacio Lagraña, y pese a la presión que recibiera desde Buenos Aires, se resistió a intervenir, permitiendo que con el apoyo de Nicanor Cáceres llegara a la gobernación Evaristo López, quien era visto como próximo a Urquiza. López Posiblemente hubiera volcado los electores de su provincia en favor del entrerriano en 1868 si no hubiera sido desplazado por una revolución.

Aún más significativo es el caso salteño, poco antes de estallar la guerra. Allí la facción Liberal de los Uriburu intentó perpetuarse en el poder mediante una revolución, chocando con una alianza de Liberales y Federales que se llamarían Partido Constitucional. Tucumán y Santiago del Estero parecían dispuestas a asistir a los Uriburu, pero la firme oposición de Mitre mantuvo a estas provincias al margen de los hechos; las fuerzas revolucionarias salteñas fueron derrotadas, y la legislatura daría curso a unas elecciones en las que se impondrían los Constitucionales, que continuarían por varios años en el poder. Salta fue una de las pocas provincias que pudo hacer efectivo su voto por Urquiza en 1868.



Rufino de Elizalde

Como dijimos, la guerra desarticuló el proceso. Las rebeliones de Cuyo y La Rioja de 1866-7, explicables sobre todo por la presión reclutadora debida al conflicto externo, crearon las condiciones para que la intervención militar definiera muchas de las posiciones provinciales; en Catamarca, la influencia



de los vecinos Taboada impuso la candidatura de Elizalde, en tanto en Córdoba y La Rioja, Arredondo volcó la elección a favor de Sarmiento. En cuyo, Paunero no pudo o no quiso inclinar a los electores en favor de Elizalde y de su propia candidatura a la vice presidencia, y la fórmula Sarmiento-Alsina se adjudicó esas provincias. En Corrientes una revolución llevada a cabo por oficiales del ejército nacional, incluyendo al propio hermano del presidente, impediría la participación de la provincia en las elecciones; el derrocado gobernador López había consultado reiteradamente a Mitre sobre sus preferencias para su sucesor, y ante la reticencia de este a dar una respuesta clara, seguramente hubiera volcado la provincia en favor de Urquiza, o en todo caso de Elizalde, y no de Sarmiento, como aspiraban los revolucionarios.

No puedo volver aquí sobre los detalles de este proceso que ya he tratado en otro lado. Pero es evidente que aún después del regreso de Mitre a comienzos de 1868 al ejercicio de la presidencia el ejecutivo nacional (que había dejado en 1865 para asumir la conducción de la guerra) no tenía control de la situación, y las aventuras de Arredondo en el interior, y su casi enfrentamiento armado con Taboada – en algún momento Elizalde lo daba por inevitable – pone en evidencia las dificultades del Presidente para establecer esa paz que había buscado en la etapa inicial de su mandato.

El gobierno de Sarmiento tendría una actitud mucho más agresiva en la consolidación del poder central. Como presidente se distanciaba de la defensa del federalismo más radical que había sostenido en la polémica con Rawson sobre el Estado de sitio. Pero esa primacía del ejecutivo en el alineamiento de las provincias no favorecería ya a Buenos Aires, si no a la mal llamada “liga de gobernadores” (el mote con que los mitristas intentaban descalificarla) que terminaría constituyéndose en el “Partido Nacional” en apoyo a la candidatura de Avellaneda.

En una reveladora carta de setiembre de 1869 indirectamente dirigida a Lucio Mansilla, Urquiza contrastaba la vocación centralizadora de Sarmiento con lo que él consideraba su propia actitud contemporizadora con las situaciones provinciales en su presidencia. Curiosamente, defendía la posición nada menos que de los Taboada, a quienes Sarmiento tenía en la mira.

Habría bastante por decir sobre el federalismo en la época de la Confederación, tan cuidadosamente estudiada por la Dra. Beatriz Bosch. Pero parece evidente que el intervencionismo más agresivo antes de Pavón se dio en el gobierno de Derqui, y significativamente, estuvo muy condicionado por el agresivo ingreso de Buenos Aires en ese juego político después de Cepeda.

No quiero prolongar más el relato de un proceso, y el desarrollo de un argumento, que son muy complejos, y que puede hacerse demasiado extensos. Solo querría proponer dos ideas como conclusión de esta exposición. En primer lugar, que el desequilibrio de poder entre las provincias que terminaron conformando esta nación tuvo un papel significativo en dar forma a la centralización institucional y administrativa que caracteriza al federalismo argentino a fines del siglo XIX y de allí en más. En dos agudos artículos recientes, Alejandro Agüero por su lado y nuestro colega Eduardo Zimmermann por el suyo, han reflexionado sobre la limitación de la soberanía provincial que se advierte en esa etapa. La idea que yo quisiera proponer es que no fue esta una imposición porteña, si no que más bien las elites del interior respaldaron un Estado Nacional fuerte, que entre otras cosas, terminó haciendo que no [hubiera] nada en la nación más grande que la nación misma, para ponerlo en palabras de Avellaneda. La clásica comparación con el caso norteamericano resalta la influencia que sobre ese desarrollo tuvieron las diferencias de tradiciones constitucionales y trayectorias institucionales en la formación del Estado Federal. Quizás una comparación con casos latinoamericanos en los que no hubo un desequilibrio tan marcado entre las provincias o estados, pero que compartían la tradición centralizadora borbónica – o de la casa de Braganza – pueda ser reveladora.

La otra reflexión, que tiene resonancias aún para el siglo XXI, es que la trayectoria argentina parece haber dado lugar a un curioso cruce. Por un lado, la centralización administrativa a que hacíamos referencia. Por otro, al hecho de que la debilidad de los partidos políticos de alcance nacional, que cuando existieron carecieron de factores de aglutinamiento específicos en el plano de las ideas y los programas, dio por resultado una suerte de federalismo político, en competencia con el centralismo administrativo. La política se definía (¿y define?) en cada provincia, y en negociaciones interprovinciales, interferidas, pero no anuladas, por la injerencia del poder central. Así, administrativamente, este incrementa su poder sobre las soberanías/autonomías provinciales, pero está políticamente sujeto a una constante negociación con ellas.

Novedades Editoriales



Reciente publicación

Roberto Cortés Conde, El Laberinto Argentino, Buenos Aires, Edhasa, 2015.

¿Por qué es tan difícil entender a la Argentina? ¿Cómo es que saltamos de tiempos de redención a otros de profunda caída, con reiteradas crisis económicas y recuperaciones rápidas que al poco tiempo se agotan? ¿Por qué es difícil vivir con un régimen político estable? En fin ¿por qué la Argentina no puede ser un país normal?

Naturalmente, las respuestas no son simples, y lo primero que hay que desterrar es la idea de una única causa. Una nación, una sociedad, es un trama compleja de relaciones políticas, culturales y económicas. Más de doscientos años de historia legan tradiciones virtuosas y nocivas; hallazgos y tragedias; decisiones erróneas que lleva décadas revertir.

En este ensayo, Roberto Cortés Conde revisa la historia argentina, con especial énfasis en el siglo XX. Y en el marco de las crisis en el mundo. Lo hace analizando la política y la economía, y el modo en que las raíces del siglo XIX y las coyunturas mundiales han influido en su evolución. Se pregunta: ¿por qué y cuándo comenzó la declinación argentina? Y ¿por qué parece que estamos en un laberinto que recorremos interminablemente para llegar, finalmente, al lugar de donde salimos?



Eduardo Martiré, Fernando VII y la América Revolucionaria (1814-1833), Córdoba, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Córdoba, 2015.

A su vuelta al trono y hasta su muerte, Fernando VII mantuvo firmemente dos objetivos fundamentales para su gobierno: afirmar su carácter de monarca absoluto a la vieja usanza y la recuperación inexcusable de las colonias de América, ya fuera por dignos acuerdos o por la fuerza de las armas. Las realidades americanas a las que se suman las exigencias internacionales, lo lleva, ya cerrado el círculo, a cambiar su actitud negativa frente a la Constitución de Cádiz y proclamar su vigencia el 10 de marzo de 1820, revertiendo la orientación del gobierno español y con la América española.





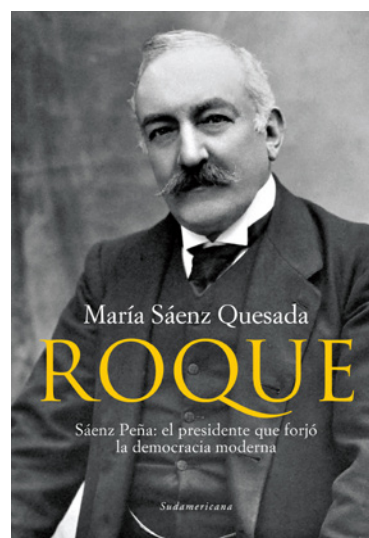
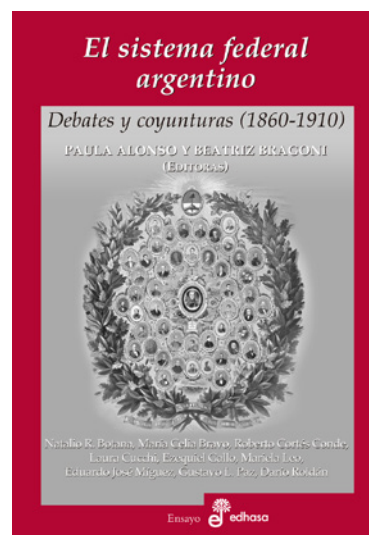
Paula Alonso y Beatriz Bragoni (Coord.), El sistema federal argentino. Debates y coyunturas (1860-1910), Buenos Aires, Edhasa, 2015.

Este tema, como otros que fueron centrales durante el siglo XIX, ha sido durante mucho tiempo propicio para la simplificación. Lo que es decir, para el uso político de la historia. Las virtudes o los defectos se han exagerado hasta construir un discurso unívoco que no respeta el entramado de acciones, rectificaciones y retrocesos que tiene cualquier proceso decisorio. Más aún si es un proceso político, que involucra gobiernos provinciales y nacionales; pujas distributivas; disputas territoriales, todo en un clima habitualmente faccioso, en un país en ciernes. A esto habría que sumarle que la mayoría de los análisis han sido centralistas: se ha pensado e investigado esta coyuntura casi exclusivamente desde la administración nacional, como si la dinámica del conflicto hubiera estado solo en sus manos.

Los trabajos reunidos en este excelente libro, compilado por Paula Alonso y Beatriz Bragoni, sacan a la luz la complejidad de aquel proceso político. Los apremios económicos y fiscales; los alineamientos políticos; los efectos de las políticas del Virreinato, y muy especialmente, el modo en que este proceso se experimentó desde las administraciones provinciales. Riguroso y diverso, El sistema federal argentino es un mapa ajustado de un tiempo convulso.

María Sáenz Quesada, ROQUE. Sáenz Peña: el presidente que forjó la democracia moderna, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

Sobre la base de una documentación rigurosa y en gran parte inédita, Roque narra la vida del presidente Sáenz Peña, al que se recuerda por la ley electoral que lleva su nombre y por la invocación "América para la Humanidad", del discurso de Washington. Más allá de estos hitos, el libro explica por qué su personalidad despertó la simpatía, la admiración y los recelos de sus contemporáneos. De origen patricio, fue nieto de juristas de filiación federal y fe católica, y a la vez su formación intelectual lo hizo liberal y masón; esta pertenencia a los dos mundos en que se escindió la sociedad argentina después de Caseros lo ayudó a entender la realidad sin fanatismos. María Sáenz Quesada nos ofrece una biografía intimista en lo personal y lúcida en lo público. La autora ilumina el lado humano de un político clave para su generación, fiel a sus principios, enamorado desdichado que luchó en la Guerra del Pacífico por el ideal, el coraje y el honor. De un abogado prestigioso, amigo y confidente de los más destacados hombres de su época. De un hijo que moldeó su carácter en la relación con su padre, don Luis. De un hombre cuya enfermedad dejó a mitad de camino la reforma integral que se proponía. En la Argentina del siglo XXI, en que las divisiones en torno al pasado se vuelven cada vez más rígidas, la vida de quien condujo la transición del gobierno del patriciado al gobierno de la democracia nos invita a mirar la historia sin prejuicios. En este libro, la historiadora María Sáenz Quesada logra devolverle a Roque el lugar que se merece en la historia argentina.

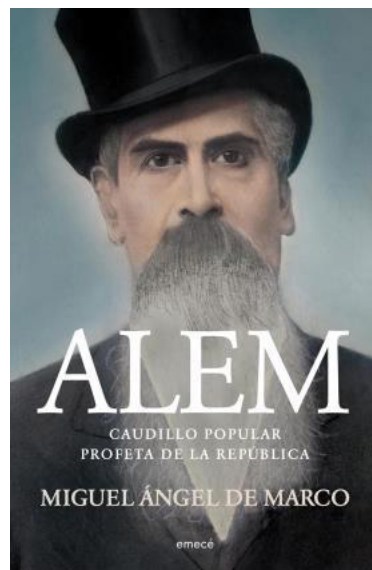




Miguel Ángel De Marco, Alem. Caudillo Popular, Profeta de la Republica, Buenos Aires, Planeta, 2015.

Cuando en 1880 se planteó en la legislatura porteña la cesión de la ciudad de Buenos Aires para que fuera convertida en sede de las autoridades nacionales, Leandro N. Alem afirmó con palabras proféticas que la concentración del poder político en la ciudad más grande y rica de la Argentina sería negativa para el país en su conjunto. Tras superar con esfuerzo la pesada herencia de su padre, miembro de la mazorca de Rosas fusilado después de Caseros, Alem combatió en la guerra de la Triple Alianza, desempeñó funciones diplomáticas en Brasil y Paraguay y ocupó bancas por el Partido Autonomista en las cámaras de diputados de Buenos Aires y de la Nación. Luego de unos años de voluntario ostracismo político, le tocó acaudillar la Unión Cívica de la Juventud, encabezar la revolución del 90 contra el gobierno del presidente Juárez Celman y constituir la Unión Cívica Radical, que pronto se extendió por todo el territorio patrio. Su intransigencia hacia el régimen lo llevó a conducir alzamientos armados en 1893 que, aun vencidos, quedaron en la historia como expresión de resistencia al autoritarismo y de exaltación de la decencia cívica.

Miguel Ángel De Marco dedica al “caudillo de Balvanera” una biografía en la que su equilibrio de reconocido historiador y sus conocimientos sobre el personaje y su época contribuyen a perfilar y valorar tan notable trayectoria.



“Investigaciones y Ensayos N° 61”, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2014, pp. 500

Investigaciones y Ensayos es la publicación periódica de la Academia Nacional de la Historia. Las colaboraciones se reciben hasta el día 30 de septiembre de cada año. El número 61 cuenta con las contribuciones de: Roberto Di Stéfano, Ignacio Martínez, Norberto Padilla, Fernando Enrique Barba, Pablo Buchbinder, Eduardo Martín Cuesta, Boris Matías Grinchpun, Alejandro León, Leonor Alicia Machinandiarena de Devoto, Claudia E. de Moreno, Sofía R. Oguic, Carlos Páez de la Torre (h), Pablo Emilio Palermo, Roger Pita Pica, Agustina Rayes, Raanan Rein, Daisy Rípodas Ardanaz, Isidoro J. Ruiz Moreno y Horacio Sánchez de Loria Parodi.

